

Tres semanas en Venecia

A las siete de la noche se detuvo el tren en la estación, situada en la orilla de la Laguna. Una voz sonora avisaba que salía el ómnibus para San Marcos. En vez de un carruaje, se acercó á la rivera una embarcación, con una espléndida cubierta de cuyas ventanas y puertas colgaban lujosas cortinas. Entramos y nos apoderamos de dos sofás ricamente forrados. Por las ventanillas veíamos la laguna y las góndolas y canoas que la cruzaban. Al cabo de media hora paramos al pie de una escalinata de piedra. Teníamos enfrente, sobre dos enormes columnas, los Leones de San Marcos, y en el fondo la plaza del mismo nombre, iluminada como el día, y cubierta de paseantes. Difícilmente se puede ver un cuadro más brillante que el que formaba ese centro de Venecia; como si dijéramos el corazón de la ciudad dormida; pues tal parece con sus calles líquidas,

sus palacios de mármol y el silencioso movimiento de las barcarolas. Venecia no se parece en nada á las demás ciudades del mundo.

Pedí un cuarto en el Hotel San Marcos, con vista á la Piazzetta. Dejé allí mi equipaje, que consistía en una pequeña maletilla, y bajé á las arcadas. Toda esa gran plaza la rodean galerías ó corredores anchos, como en la calle de Rivoli de París, y bajo esas galerías hay más de doscientos cafés, restaurants y barberías, iluminados toda la noche, que es cuando la gente elegante vive, come, bebe y juega. Todos estos tentadores lugares de placer están abiertos hasta que el sol sale. Durante el día están cerrados la mayor parte de ellos. Toda la noche se oye como un hormiguero de vividores de ambos sexos; en un café es el piano, en otro una orquesta, más allá un órgano de Berbería, y en la que menos, algunos trovadores, que acompañados por la guitarra embelesan á los extranjeros.

Pero todo ese olímpico espectáculo se convirtió para mí en una escena del infierno, como el Dante lo ha pintado, cuando me impuse de la horrible situación de los venecianos y me tocó presenciar algunas muestras de su depresivo y humillante modo de ser.

En la época en que visité Venecia, tenían sus habitantes un amo y señor que los gover-

naba, no como á hijos y súbditos á quienes se protege, sino al contrario como á un país conquistado, que está siempre dispuesto, á recuperar su libertad é independencia. Venecia agonizaba bajo el férreo yugo de la Austria. Yo no tenía la más ligera idea de lo que es la vida en un país cuyos gobernantes se imponen con la pólvora y se mantienen con el acero. Soberanos que no estiman ni aprecian á sus súbditos, que pertenecen á otra raza, que profesan otra religión y solo sienten por sus conquistadores odio palpitante y eterno deseo de venganza. ¡Ah! jamás olvidaré la escena que á mis ojos pasó. Figuráos una oficialidad compuesta de jóvenes blancos, rubios, ojos azules y de más que mediana estatura; que llevan el pantalón, el chaquet y el kepi de paño blanco, y el cuello, las mangas y los ribetes azules, resguardado el cuerpo por un redingote ó sobretodo gris, y tendreis la más hermosa estampa que la más exigente estética pueda apetecer. Ahora bien; esos tan elegantes militares, que deben ser muy simpáticos en Viena y Buda-Pest, son los más pretensiosos señores y dueños de la ciudad silenciosa. Nada más depresivo para los habitantes de Venecia que el modo como son tratados por los jefes y la oficialidad austriaca. Cada día ocurre que un militar alemán insulta á un civil italiano; que éste reta á su ofensor

en duelo y el austriaco rehusa el combate, y cuando lo acepta, ¡pobre del veneciano si mata ó hiere al militar! Es condenado por la justicia ó mejor dicho, por la injusticia austriaca, á duras y largas penas; mientras que si el matador ó heridor es militar austriaco, pronto se sobresee en la causa.

La primera noche que pasé en Venecia, recorrí varios cafés. Estos establecimientos son de un lujo asiático. Las paredes son formadas por espejos del tamaño de los muros, y el movimiento de gentes que consumen el precioso fruto de moka, es atronador.

En uno de esos cafés, en el del *Rialto Nuovo*, presencié la escena que paso á contar. En el centro había una mesa redonda rodeada de sillas. Dos de éstas las ocupaban dos elegantes jóvenes italianos, ricamente vestidos, que esperaban se les sirviera. Al momento que el criado traía unos *bocks* de cerveza, entraron cuatro oficiales austriacos y con estilo de maestros de escuela dijo uno á los italianos, que aquel sitio no les pertenecía, porque era el que ocupaban ellos todas las noches para jugar al dominó. Los venecianos contestaron que allí habían otros sitios que podían ocupar, puesto que ellos, los dos italianos, habían llegado primero al café. Poco importa, replicó el oficial, que ustedes hayan llegado antes que nosotros;

pronto, sobre la marcha nos desocupan el lugar, porque de lo contrario nos haremos obedecer á la fuerza. Furiosos los dos jóvenes declararon que no variaban de mesa; entonces los cuatro húsares se arrojaron sobre los dos civiles, de lo que resultó una lucha cuerpo á cuerpo, bastante desventajosa para los italianos, porque solo eran dos y los ofensores cuatro. Al ruido y algazara ocurrieron los mozos del café y después la policía, y con gran dificultad se logró separarlos. Lo natural era que á todos los seis los castigaran por la falta; mas no fué así: á los venecianos se los llevó la policía arrestados y los austriacos se acomodaron tranquilamente en el lugar que antes ocupaban aquellos; y era de ver las cortesías y respetos de los agentes de policía por los cuatro militares. Todos los extranjeros que presenciáramos esa escena humillante para el pueblo italiano, no pudimos ocultar la indignación que nos causaba la injusticia de los dueños del país. Al día siguiente busqué en los periódicos para ver si relataban el suceso de la noche, y mi sorpresa fué aún mayor al leer que un diario, *El Sécolo*, contaba las cosas del todo favorable á los militares. No hay una idea de lo triste de esa situación; así es que los venecianos solo pensaban y hablaban de la esperanza de que Francia los ayudara á independender y á reunirse al futuro

reino de Italia. La vista de Milán, que fué arrebatado á la Austria á consecuencia de las batallas de Solferino y Magenta, los embelesaba. Garibaldi era para esos desgraciados más que un semidios. El himno de Garibaldi lo cantaban en voz baja, porque era prohibido cantarlo en público. Ví hombres que lloraban al oír el himno.

*
* *

En Italia se vive con muy poco; pero donde se nota más el bajo valor de las cosas, es en Venecia. En el gran Canal, cuyas dos orillas están ocupadas por soberbios palacios de mármol, se puede arrendar el mejor de ellos por cien francos al mes. El Cicerone me mostraba el grandioso palacio que habitó Lord Byron, alquilado entonces á una bailarina por doce pesos al mes.

En el hotel San Marcos, en donde me hospedé durante mi permanencia en la ciudad sin polvo, que es uno de los buenos, aunque no el mejor, me cobraban cuatro francos diarios, ó sean, ochenta centavos, por un grande y lujoso cuarto, dos comidas y servicio. Solo el café en la mañana y las dos malhadadas candelas de estearina en la noche, se pagaban como extras. Hay costumbres de un ridículo inexplicable en

casi todos los hoteles de Europa; y una de ellas es el cobro de un franco por dos velas de esperma que se ponen en los candeleros, aunque el cuarto esté alumbrado por gas; ahora bien. esas dos candelas, sea que se enciendan y se gasten ó que no se toquen siquiera, las toma el criado en la mañana y vuelve á ponerlas como nuevas en la noche.

A fuerza de viajar y experimentar, he llegado á evitarme ciertos gastos que no tienen razón de ser; pero lo que es en cuanto á las dos candelas, no hay escapatoria posible. Es la primera partida en toda cuenta de hotel: «Por las dos velas de esperma, un franco». Y en cualquiera tienducha se puede comprar, por un franco una media docena de velas.

En donde más se siente el corto valor de la vida, es en los teatros. Venecia tiene varios; pero en el de Apolo, que es uno de los más hermosos de Italia y en el que sólo se da ópera italiana, se cobran 40 soldis por entrada general y 25 soldis por una butaca de orquesta. En todo, 65 soldis ó centavos; y por una entrada sin asiento, esto es, en que debe permanecer parado el expectador ó *de piede*, diez soldis.

Los artefactos de vidrio y de coral, que abundan en Venecia, se obtienen á precios bajísimos. Un parasol, todo bordado con hilo de vidrio, cuatro francos. Por un cofrecito forrado

con corales y lindísimas conchas, seis francos; y así todo lo demás.

De un balcón del hotel, presenciaba todos los días la antigua y célebre distribución de trigo y arroz, que se hace á más de diez mil palomas, que son las protectoras de la ciudad. Grandes penas tiene el que maltrate ó dé muerte á uno de esos graciosos animalitos. Lo curioso es que como hace más de dos siglos que á una hora fija, las dos de la tarde, se les da de comer, desde la una y media empiezan á llegar de los puntos más apartados de la laguna, millares de palomas, que esperan el banquete y se van colocando al rededor de la gran plaza, sobre los bajo relieves, las cabezas de las estatuas, los tejados, en donde permanecen quietecitas hasta que el reloj, cinco minutos antes de las dos, anuncia la hora con una campana. Al oír esa señal preventiva, todas ellas vuelan, se elevan un momento y luego bajan á la plaza. Allí esperan los dos ó tres minutos que faltan para las dos. A la primera campanada de esa hora, el ruido producido por el aleteo es como el que hace un fuerte viento en una arboleda. Pero nada más animado y pintoresco que la vista de la plaza cubierta de ocho ó diez mil palomas, todas picoteando arroz y moviéndose para un lado, para el otro, dándole un aletazo á la más próxima, la que á su vez, lo

devuelve á su vecina. Cuando no queda ni un solo grano en el piso, todas las insaciables avecillas dirigen su cabecita hacia la torre, solicitando más arroz. Algunas veces se les repite la ración (los domingos). Eso tarda, y ninguna se levanta hasta que un repique de campanas anuncia el fin de la fiesta. La plaza se oscurece cuando todas alzan el vuelo para de allí dispersarse y buscar su domicilio.

Una de esas distribuciones de arroz, fué presenciada en mi balcón por un príncipe ruso, el señor de Galitzin, que habitaba el hotel y ocupaba él sólo, seis grandes salones ó cuartos, y lo servían cuatro criados vestidos con su rica librea de paño azul, galones de oro y sombrero alto con el escudo de armas del príncipe, grabado en una placa dorada. No hacía uso de los vehículos de alquiler, sino que paseaba en su propia góndola, toda forrada de raso y terciopelo, y servida por cuatro remeros.

Los dos últimos días que pasé en Venecia, me aproveché de uno de esos acontecimientos que la casualidad proporciona en los viajes. El susodicho príncipe de Galitzin, que me tomó por hijo del país, por mi contextura y el color de mi piel, me dirigió la palabra en italiano. Sólo pude contestarle: *non capisco*, y luego añadí: *mais, je parlais français et espagnol*. Muy contento de que yo hablara francés,

me preguntó en ese idioma si yo sabía cómo se escribía la palabra *calle*; yo le contesté que en los Estados Romanos y en Toscana llamaban *vias* á las calles; así se dice: Vía de la Croce, Vía Adriana, etc. Pero que en Milán y Turín, se llaman *contradas* á las calles; por ejemplo, la Contrada Vittorio Emanuele, Contrada Visconti, etc., y que en Venecia, calle se pronuncia y escribe *calle*, como en español. Que lo mismo sucedía con las plazas y plazoletas, que en unos lugares llaman *piazza* y *piazzeta* y en Venecia *campo* y *carpello*. Luego me preguntó riendo á carcajadas lo que significaba la palabra *sotto-portivo*, que encontraba cada rato en su *guía*. Le dije que *sotto-portivo* era una comunicación angosta entre una y otra calle.

Muy vano me puse al cultivar tan aristocráticas relaciones, pues el príncipe me presentó á sus dos hijas, que hablaban el francés como su propia lengua. No sé por qué le caí en gracia al viejo príncipe; pero desde que me conoció, quiso que comiera en su mesa particular, lo cual fué causa de la catástrofe final, que me obligó á salir á escape de Venecia. Es el caso que nos acabábamos de sentar á la mesa; los criados servían la sopa como acostumbra en las grandes casas, esto es, un criado lleva la sopera y otro toma con el cucharón la sopa que corresponde á cada uno; todo eso se

hace detrás de la persona servida. Yo no había sentido la llegada de ellos, y en un movimiento de la conversación levanté el brazo con violencia y di contra la sopera un golpe que la hizo volcarse y derramarse el caldo hirviendo sobre el desnudo y blanco cuello de la princesa Clara, hija mayor del príncipe. No es posible pintar mi vergüenza y mi pena al ver levantarse á la pobre niña dando gritos desesperados; el alarma del padre, y las carreras de los criados. Nadie volvió á fijarse en mí. Me figuro que yo haría allí la más ridícula figura; pálido como un muerto, sin saber qué hacer ni qué decir; por fin me dejaron solo en el comedor. Tomé mi sombrero, y como quien es perseguido por una fiera corrí á mi cuarto, pagué la cuenta del hotel San Marcos y puse mi equipaje en una góndola, dándole orden *albarcaroli* de conducirme á otro hotel, lejos, bien lejos de la Piazza. Así lo hizo y me llevó al hotel Florian, á cien varas del puente del Rialto. Desde ese momento, nada temía tanto como encontrarme con mi amigo el señor de Galitzin.

En mi nueva morada, pude experimentar las consecuencias de la suprema ignorancia en que están en Europa sobre las nuevas nacionalidades sud-americanas. Una linda morenita, hija del hotelero, y ya que de morenitas se trata, no concluiré sin advertir que para mí

es en Venecia donde existen las mujeres más graciosas y bonitas de Italia; quizás no sea esa la opinión general; pero en ningún lugar de Italia he visto como en ese tantas morenas encantadoras, en un determinado número de mujeres. Decía, pues, que la hija del hotelero, cuando vió que yo me inscribía en el libro del hotel, con la calidad de americano, me dijo muy contenta de serme agradable, que hacía días que se hospedaba allí un paisano mío; que él, mi paisano, estaría glorioso al saber que yo moraba bajo el mismo techo.

Un día entero estuvimos sin encontrarnos, mi paisano y yo; pero al fin, vino á mi cuarto Estela (la hija del hotelero) y me dijo que venía á ponerme frente á frente de mi compatriota, que estaba desesperado por verme. Fui con ella al salón, donde encontré medio acostado en un sofá á un gigantesco yankee, rojo como un tomate, ancho de espaldas, á media chispa de whiskey y en camisa, limpiándose los dientes con un cortaplumas y arrojando de vez en cuando de su boca un líquido infecto sobre la alfombra, pues mi *paisano* mascaba breba.

Al vernos uno á otro, nos quedamos observándonos, como el maestro de piano del *Barbero*, cuando se encontró con el falso maestro, el Conde de Almaviva. La sencilla Estela creía que dos personas nacidas en América,

eran como dos nacidas en Venecia, y no comprendía que entre un yankee y un latino-americano hay más diferencia que entre un italiano y un chino. Yo me limité á hacerle una muda cortesía, y me retiré.

Eso me hizo recordar que el superintendente de la línea férrea de Colonia, con quien tuve relaciones casuales, me preguntó si las mujeres de América lucían bien su cuerpo vestidas de plumas. Nada le sorprendió tanto, como el saber que nuestras señoras vestían como las de Colonia. Los ingleses suelen tener algunas ideas cercanas á la verdad, sobre nuestro modo de ser; pero los franceses, sobre todo, no tienen las más ligeras nociones de lo que es este nuevo mundo, y mucho menos de la vida, la riqueza y la civilización norteamericana. El Soberano Pontífice Pío IX me preguntó, en una ligera audiencia que me concedió, si en Costa Rica había alguna casa techada con teja, pues suponía que habitábamos pobres chozas cubiertas con paja. El Obispo de Angouleme, en Francia, en un examen de un colegio de niñas, preguntaba á una de ellas, hija de un francés y una costarricense, cómo el Obispo de estos países permitía á las mujeres que asistieran á la misa medio desnudas y apenas tapadas con plumas de aves.

Eso no tiene más remedio que el tiempo

y la facilidad, cada día mayor, de viajar y no atenerse al conocimiento de su propia patria. Volviendo á Venecia, no me explico ciertas costumbres que no conducen á un fin determinado, como es el uso de las *góndolas*. ¿Por qué, desde hace siglos, esos vehículos tan indispensables en una ciudad costruída dentro del agua, han de ser negras, con dientes plateados ó blancos? Más parece un ataúd que una embarcación. El conductor ó *barcaroli* rema de pie, atrás, siempre cantando alguna canción nacional, sin hablar con los pasajeros, pero atento á pronunciar la frase sacramental: *al diritto, al surdo*, esto es, á la derecha, á la izquierda, para indicar al que viene manejando otra góndola, la dirección que debe tomar.

Y aquí concluyo la relación de esta excursión en la ciudad sin polvo y silenciosa, por eso apropiada para ser habitada por reyes destornados y almas desesperadas que aspiran á soñar despiertas, y á olvidar amores mal correspondidos, amistades traicionadas y venganzas fracasadas.

El Primer Colegio

En 1845 llegó á San José un sacerdote joven, bien parecido, español de Bilbao, de notable ilustración, memoria vastísima y gran conocedor del griego, el latín, y el hebreo. Manuel Paul, se llamaba. Este sacerdote tomó una de las más grandes casas de Heredia y la convirtió en un establecimiento de enseñanza. Entiendo que fué el primer colegio con internado que hubo en Costa Rica. La mayor parte de las familias acomodadas mandaron sus hijos á educarse en ese Liceo, que admitió cuarenta internos y como treinta externos. El cinco de mayo de 1845, primer día de fiestas cívicas en San José (no sé por qué se celebraron en ese mes), salíamos del seno de nuestras familias, cuarenta muchachos de San José y Cartago.

Jamás olvidaré la emoción que sentía al salir de San José, montado á caballo y acom-

pañado por don Prudencio Rivas, padre del dignísimo sacerdote doctor don Domingo Rivas. Aquel señor, primer dependiente de don Juan Rafael Mora, fué encargado de conducirme á Heredia y ponerme en manos del padre Paul. El corazón parecía reventármeme, tal era mi exaltación, al salir por vez primera de San José. Heredia era entonces para mí un país extranjero, lejano, hasta fabuloso. Cada horizonte nuevo que se me presentaba, era una delicia incomparable. Pasé por San Juan, luego Santo Domingo, y por fin, divisé dos grandes torres blancas, enormes. De esas torres salían tristes, graves y argentinos los timbres de las campanas. Acostumbrado á las de San José, y sin tener idea de que pudiera haber otros sonidos ó armonías diferentes, me sentí transportado á desconocidas regiones, y las lágrimas saltaron, ardientes, á mis ojos. El señor Rivas, á quien era familiar ese trayecto, extrañó mucho mi extrema sensibilidad y me dijo:— Nolloro, pobrecillo, ya vamos á llegar y descansará.— Creyó que era el cansancio lo que me hacía llorar.

Llegamos á casa de un señor don Manuel Palma, en donde se reunían los futuros colegiales. Frente á don Manuel estaba el colegio. En el corredor descansaban ya mis compañeros de cautiverio.

En la tarde entramos al colegio, y tras de mí se cerró para no abrirse sino cada quince días, aquel portón triste y monumental. Al encontrarme entre cuatro paredes, rodeado de gentes desconocidas y burlonas, mi ánimo decayó completamente y me retiré á llorar mis amarguras en un rincón del dormitorio. Un sueño profundo siguió á este estado de prostración. Soñé con mi querido San José, en la poza del Pato, y en la agradable vida que un perpetuo *far niente* me había procurado hasta ese día, y maldije mis aspiraciones á ver cosas nuevas. Desperté acariciado por un joven como de dieciocho años, moreno y simpático, quien me obsequió una quesadilla calentita todavía, consolándome de mi actual secuestro. Era el que después fué el Padre Pío Pacheco, interno también como yo. El cielo se abrió para mí, al ver la quesadilla y la bondadosa fisonomía de Pío. Entonces caí en la cuenta del motivo de mi tristeza: era hambre, pura falta de alimento lo que me hacía ver tétrico cuanto me rodeaba. Confortado mi estómago, desaparecieron mis penas, y todo lo ví bajo el prisma de aquella dichosa edad. Resultó que yo, era el de más tierna edad en el colegio: nueve años escasos; mientras que algunos internos, eran ya hombrecitos, que tenían de quince ó veinte años.

Como se ve, esta mi primera salida de San José no realizó mis esperanzas, porque me costó un cautiverio de tres años, aparte de haber sufrido las dos calamidades propias de todo colegio de internos, que son: hambre por agua de pasto y ardiente aspiración á la libertad, que es un verdadero tormento capaz de atrofiar el cuerpo y el alma de un muchacho.

Por lo demás, colegio en Heredia, colegio en París, ó colegio en Calcuta, la vida que se hace es la misma. En todos ellos se comercia con el estómago de los pobres internos. Se trata de gastar lo menos posible, dando al niño la menor cantidad y la peor calidad posible de alimentos. Otra calamidad común á esa clase de establecimientos es la necesidad en que parecen estar las mayorías de mortificar á uno ó más individuos *sufre-dolores*, que desde el primer día son elegidos víctimas de los mata-siete, de los muchachos burlones ó payasos naturales, que no pueden vivir sin hacer reír á sus camaradas; este á costa de algún infeliz colegial débil, raquíptico ó apocado de espíritu; y lo más sensible es, que casi siempre esos *sufre-dolores* son almas angelicales cuya índole suave y generosa los aleja del bullicio y de las groseras chanzas de las fuertes y osadas organizaciones. En nuestro pequeño mundo, pronto se delinearon las víctimas futuras de los *face-*

dores de chanzas. Eran dos: Braulio Carrillo (hijo del finado ilustre jefe del mismo nombre) y Francisco Vega, un pobre huérfano que se había confiado al cuidado del Padre Paul al pasar por Sonsonate.—Braulio y Chico Vega eran humildes y buenos, pero carecían de memoria, y no tenían grande inteligencia. Jamás pudieron conjugar un verbo latino, ni fijar en su memoria á *Musa Musæ*. La tan conocida canción de *quis vel quid*, todo burro se queda aquí, era tarareada cada vez que ellos se presentaban. Esos dos mártires, se bestializaban cada día más, á fuerza de sentirse despreciados y de ser objeto de burlas, y sobre todo, del maltrato que el director del colegio les daba.

Entre otros muchos castigos que su mala suerte les atrajo, fué uno el que sigue. Se habían mojado y humedecido algunos libros del Padre Paul, por una tenaz gotera: para devolverles su buena forma, los puso á secar al sol en el patio. Dió á Braulio Carrillo la comisión de vigilar aquellos libros, con orden de ponerlos en salvo si caía alguna lluvia. Braulio, fastidiado de mirar el mismo cuadro, acabó por dormirse. Un aguacero convirtió en masa blanda los preciosos infolios, y Braulio dormía y soñaba, que..... no soñaba en nada. El Padre entró al colegio, y se quedó convertido en estatua, de la ira y de la rabia, al contemplar el

dulce *far niente* de Carrillo, y la poco dulce catarata, de agua mezclada con tierra, que destruía tantas obras maestras: Homero, Ovidio, Plutarco, Tucídides, Cicerón, etc., etc., y tomando una escoba que encontró á mano, le dió y más le dió de palos en la espalda, en las piernas, en la cara y en la cabeza al bueno de Braulio. El pobre *sufre-dolores* gritaba, corría, se ponía de rodillas, solicitando un perdón, que no se le otorgaba, hasta que cayó sin movimiento, en el suelo pedregoso del patio. El negro Oreamuno, que unía á una bella alma, la fuerza física de un Hércules, se indignó de tal manera al ver aquella venganza inicua y nada justa, contra un pobre diablo que apenas tenía el instinto de las bestias, que tomó las riendas de un freno que estaba colgando en una estaca, se abalanzó al director y lo fustigó sin misericordia. Más de cincuenta latigazos cayeron sobre la reverenda espalda, los brazos y las piernas del respetable cuerpo del Padre Paul, quien daba gritos y alaridos tremendos. Todos los colegiales, espectadores de aquel auto de fé tan fuera de lo normal y corriente, nos convertimos en mómias. El espanto y el terror que nos causaba la idea de la venganza que el director tomaría de aquel acto, nos volvió mudos durante los primeros instantes; pero el hecho era tan extraordinario y nos parecía tan atrevido y

heróico, que pronto nuestro miedo se convirtió en entusiasmo y alegría locos. ¡Bravo, bravo valiente vengador de los débiles; otros latigazos, negrito; dele en la cabeza, Oreamuno; y otras frases impremeditadas, que después nos costaron muy caras. El odio y el horror al Padre Paul era tal, que aun los más quietos y bondadosos muchachos ayudaban al negro. Unos le llevaban una regla, otros un chilillo y otros un cortaplumas para que consumara el castigo. El Padre Paul perdió el conocimiento algunos momentos; todos lo abandonamos y nos metimos en nuestros cuartos. Oreamuno hizo su maletilla y se marchó para su casa en Cartago, y durante una semana el aspecto del colegio fué el de una ciudad sitiada. El nombre de José María Oreamuno fué para nosotros el de un genio poderoso y protector de la debilidad y de la inocencia. Si él hubiera vuelto al colegio, quizá le habríamos adorado como á un ser sobrenatural, destinado á premiar la virtud y castigar el vicio.

La educación que en Heredia recibíamos era decididamente religiosa. Todos los días, oír la misa que el director decía en una capilla adjunta á la parroquia. Todas las noches el rosario, y cada mes la confesión y comunión, para los que ya estaban preparados. La historia sagrada tenía un lugar preferente en nuestros estudios.



El oficio de sacristanes se ejercía por turno, por parejas, hasta que se determinó, que seríamos Manuel A. Bonilla y yo los sacristanes inamovibles. Nuestras obligaciones eran: 1.º Levantarnos una hora antes que todos, esto es, á las cuatro de la madrugada,—2.º Barrer la capilla, encender los cirios de cera, y preparar el altar,—3.º Procurar que las vinajeras estuvieran provistas del vino necesario para consagrar, y redondear las hostias, porque las entregaban apenas delineadas en grandes pliegos,—4.º Ayudar la misa,—5.º Guardar las casullas, sobre-pellices y demás vestidos y paños en unas gavetas, y 6.º Cerrar la Iglesia. Me olvidaba de la principal tarea, la de llamar á los fieles á la misa tocando las campanas.

Nó, Bonilla ni yo éramos valientes. Todo lo contrario; ambos teníamos un miedo mortal á los cadáveres, á los aparecidos y las á brujas.

La administración sin contraste, que teníamos en los vinos, las hostias y las velas de cera, nos colocó á veces en la tentación de abusar de nuestro poder.

Así sucedió un día de alegre y triste recordación. El frío de diciembre nos ponía á temblar y á buscar atenuaciones. Ninguna nos pareció mejor que el vino dulce que por un em-

budo hacíamos pasar á las vinajeras. Bonilla tomó la primera vinajera hasta concluir la. Yo me creí en el caso de imitarlo y apuré la segunda. El calorcito y la alegría que nos produjo aquel cordial, nos animó á repetir la hazaña. Ya en ese camino no nos detuvimos ante el fin de la primera botella, y abrimos otra. Cuando íbamos dándole fin á esta segunda, nuestro buen humor era escandaloso. Nos mirábamos y reíamos sin saber de qué. De repente nos levantamos y cantando á voz en cuello nos pusimos á bailar y á recorrer la iglesia del brazo uno del otro, vivando á San José, al negro Oreamuno y á la libertad. Inconscientes entramos á la torre de madera y tomamos las sogas que colgaban de las campanas y repicamos una ronda infernal. ¡Lo que pensarían los medio-dormidos vecinos de Heredia, al oír aquella barahunda sin regla ni compás, es de suponerlo!

Cuando nos cansamos de repicar, bajamos la escala; yo iba adelante; Bonilla me seguía. Al salir de la torrezuela tiré con fuerza de la puerta, á tiempo que ya habíamos ambos salido; pero Bonilla no reparó que la puerta prensara la falda de su gabán. Muchos años han pasado desde que eso aconteció y aún oigo los desesperados gritos de Bonilla, detenido, según él creía, por un espíritu maléfico, soberano de aquellos rincones en tinieblas. ¡Espéreme, aguár-

deme, favorézcame Argüello; no me abandone amigo, socorro, socorro. ¡Estaba yo para prestar socorros! Demasiado hacía con no caer muerto de espanto al ver á mi compañero detenido por una fuerza sobrenatural. Lejos de esperar, yo corría y saltaba barandas, gradas y confesionarios. Al fin llegué á la puerta de la iglesia y salí al aire libre. Saturado de vino, como estaba, el aire frío me bañó de lleno y perdí el sentido completamente cayendo al suelo en la sabaneta de la iglesia.

El Padre Manuel González (el hombre más virtuoso que yo haya tratado en mi vida) nos encontró, á Bonilla desmayado y cogido por la puerta del torreón, y á mí acostado, cuan largo era en el césped de la capilla y en plena síncope. Los cuidados del virtuoso sacerdote nos volvieron á nuestro conocimiento, y nos entregó á la autoridad represiva ó vengativa del Padre Paul, quien nos suministró más de cincuenta latigazos por los excesos cometidos.

Terranova y los Bajos

Atormentado desde muy niño por un deseo irresistible de viajar, de contemplar la infinita variedad de objetos conque la naturaleza ha hermoñado la creación, tuve la buena fortuna de que el destino complaciera mis aspiraciones, sin obligarme á forzar los acontecimientos.—En efecto, joven aún, varios destierros del suelo patrio me proporcionaron la ocasión de viajar (cinco años consecutivos). Otras veces era un negocio ó una enfermedad lo que mi complaciente imaginación viajera me presentaba como pretexto para alejarme de estas playas.

Así llegué á satisfacer del todo mi vocación á los viajes, hasta saciarme de tal modo, que al cabo de ocho años de errar por el viejo y el nuevo mundo, mi más ardiente deseo fué el de gozar quieta y tranquilamente de los placeres que la vida de familia proporciona en el seno de la Patria.

Es verdad que, después de algún descanso, mi ingénita vocación al estudio de la ciencia de la vida en ese gran libro que llamamos mundo, me impulsaba de nuevo fuera de la patria; pero no siempre pude darme ese gusto, que, además de ser un poco caro, tiene sus peligros en la edad de las eternas nieves.

Algo más de treinta mil pesos me costaron esos viajes, en que el gasto es constante y la ganancia nula. ¿Habré hecho bien ó mal, prodigando mi pequeña fortuna en esas excursiones, cuyo recuerdo me procura mil placeres, ciertamente, pero que también me pusieron en la imposibilidad de adquirir riqueza, obligándome á pasar el invierno de la vida en el trabajo y en la dependencia de algún cargo público, que me brinde el pan de cada día? Sea de esto lo que fuere, no me arrepiento de haber seguido mi natural inclinación al estudio y á los viajes, y no tengo empacho en aconsejar á esa brillante juventud que hoy es orgullo legítimo de Costa Rica, que, con recursos ó sin ellos, si la ocasión se presenta, todo lo dejen por aprovecharla. ¡Cuál más perfecto profesor que la mano de Dios, cuya sombra se dibuja en las tempestades del Océano, en el suave esplendor de una Aurora Boreal ó en las maravillas de la industria europea y americana! El mejor maestro, por más que

sea príncipe de la ciencia, no enseñará más ni mejor que la vista de una de esas locuras humanas que se titulan *Batallas*, en que los hombres se degüellan unos á los otros sin saber por qué !¿Cuál libro hay que más impresione que la contemplación del pueblo holandés en su eterna lucha con el mar, al cual hace largo tiempo tiene encadenado y oprimido? ¿En cuál Universidad se aprende á sentir y á pensar, lo que se siente y piensa ante el espectáculo de una clase de hombres que viven hastiados de los placeres que les proporciona la opulencia, al lado de los que mueren de hambre y de frío porque les falta lo indispensable? Los viajes enseñan á no desesperar de nada, porque el progreso humano es una ley natural, tan infalible como la de la pesantez y las que rigen las combinaciones químicas.

Mi especial situación me hacía ser objeto de contrastes frecuentes. A veces, mi calidad de emigrado por causas políticas me proporcionaba la invitación de algún favorito de las grandezas nobiliarias y literarias á una comida, ó á pasar algunos días de verano en sus regias moradas de campo; y en la semana siguiente compartía el pan negro del humilde cosaco del Dom. Hoy en un *fauteuille de orchestre* de la Gran Opera de París; mañana en el Gallinero de la Escala de Milán, al lado del

soldado Bersaglieri ó de la vendedora de pavos que me estrujaba con su canasto de aves desplumadas. Esos contrastes no me humillaban; lejos de eso, me saturaban de una suave y consoladora esperanza en el lejano porvenir, en el cual yo tenía ciega fe.

Ahora permitidme que os cuente una de tantas variaciones de domicilio, que en mi anormal modo de ser, me ocurrían á cada momento.



Hacia algunos meses que habitaba en la ciudad de Nueva York, cuando vino á mis manos uno de esos anuncios tan comunes en el pueblo americano. Una compañía de navegación, avisaba que el próximo lunes zarparía de Nueva York el vapor «Asia» con destino á Irlanda, tocando en Terranova. Era la llamada línea de Irlanda en que se trasportaba trigo, pero que tenía acomodo para ochenta pasajeros de primera y treinta de segunda. El precio era el más barato que yo había conocido: sesenta pesos. Por esa suma, el pasajero recibía cuatro billetes de primera clase. El primero, que era pasaje de Nueva York á Gallway en Irlanda; el segundo, del ferrocarril que atravesaba la verde Erim; el tercero, que era el del paso del Canal de San Jorge, entre Kingston, puerto

cercano á Dublin y Holly-Head, puerto en la isla de Anglessey; y el cuarto billete, para el ferrocarril entre Holly-Head y Londres, atravesando Inglaterra.

Como se ve, eso era muy barato, cuando las demás líneas pedían cien pesos por pasaje de primera y la de Cúnard ciento treinta. Mi resolución fué tomada en el acto, y, al día siguiente, estaba listo á bordo del «Asia.»

Desde el primer día noté que venía á bordo una joven americana, como de dieciocho años, bastante bonita y con la despreocupación propia de sus compatriotas. Conocidas son las costumbres americanas respecto de las jóvenes solteras, en nada parecidas á las de nuestras niñas ó señoritas de la raza latina. Una Miss, que pasa de quince años, viaja sola, recibe visitas que sus padres no conocen, y va al teatro en compañía de *un amigo* casado ó soltero y sin otro acompañante. Ellas confían en el supuesto de que todos los hombres son como los americanos, esto es, respetuosos y esclavos del sexo bello. Jenny Bowler se llamaba mi compañera de viaje. Hablaba el francés como una parisiense y estropeaba á veces el español, pero se hacía entender. Le pregunté cuál era su programa de viaje y me dijo que pensaba detenerse en Terranova quince días para ver la patria de los perros nadadores. Le propuse nos

asociáramos, haciendo juntos la visita de la isla perruna y pareció agradarle mucho mi proposición. A renglón seguido empezó á sacar de un lujoso carriel varios retratos de su familia. Entre ellos me mostró uno imperial que representaba un joven de Indianópolis. «Este, me dijo, es el retrato de mi Sweet Heart,» es decir el de su *fiancée*, ó futuro marido. Esta noticia fué como un baño frío para mí y disminuyó un tanto el entusiasmo y buena voluntad que al primer impulso me produjo la bella pasajera. Para acabar de darme á Barrabás, me preguntó si no era yo de opinión de que su novio era un verdadero Apolo! Yo le respondí un *sí* entre los dientes, que más parecía un *no*. Si señalo estos detalles, es porque esa joven hizo un papel principal en la catástrofe que pronto nos salió al encuentro.

Al tercer día de navegación entramos en ese terrible paso de los *Bajos*. Son arenales casi á flor de agua y que apenas pueden sostener un buque de gran porte en la marea alta. Además de ese peligro, en los Bajos siempre hay una densa niebla, que oculta los objetos, á veces, aún á diez metros de distancia. Para evitar encuentros y tropiezos con otras naves, se hace preciso caminar poco á poco y tirando cohetones y cañonazos cada tres ó cuatro minutos. También se hacen vibrar campa-

nas para avisar á los buques que vienen, que no son pocos, el peligro de un tope con el que va.

Todo el día trece de diciembre caminamos en una semi obscuridad, haciendo una salva de cañón cada diez minutos, quemando un cohete cada cuarto de hora y marcando los minutos con la campana. A las cinco de la tarde, cuando comenzamos á comer, sentimos un fuerte estremecimiento del vapor, el cual quedó después en una completa inmovilidad. Todos nos levantamos aterrados, pues aquello significaba que nuestro buque había encallado en un bajo. Sobre la cubierta, la escena era de un horror indecible. Fija la embarcación hacia el medio, y libre en los costados, las olas batían la obra muerta, y hacían balancear el suelo artificial que nos mantenía sobre el agua. Los gritos de unos, las lamentaciones de otros y la muda desesperación de los más, nos produjeron un terror pánico inexplicable. ¡Cuán grande me pareció el capitán que daba sus órdenes con voz natural, sin que se pudiera advertir en su noble fisonomía un solo signo de terror ó de duda! Ver aquella figura tranquila y reposada y volver de mi terror, fué una sola cosa. Eso sí, creo que era él la única persona que estaba en su entero juicio, en aquella desolación general.

Si no fuera más que el estar detenido un

buque, en esos casos, nada tendría de peligroso; pero lo que nos alarmaba era el vaivén de *abor á estribor*, como dicen los marinos, esto es, fija la nave en el centro ó quilla, cada ola que venía por el costado, la empujaba, y á veces se quedaba algunos momentos sin recobrar su nivel, y en ese caso, la ola que seguía, entraba en el barco y barriendo la cubierta. Eso hizo que los oficiales dieran orden á los pasajeros de que volvieran á sus camarotes y no salieran de ellos ó del comedor, mientras hubiera peligro. Muy sabia fué esa disposición, pues al cabo de un rato de habernos internado, supimos (yo no lo ví) que á un pobre viejo que atravesaba la cubierta para ganar el salón, lo arrebató una ola y se lo llevó. Afortunadamente pudo socorrérsele á tiempo, arrojándole una *rosca* de corcho para que se asiera á ella. Jenny, la excéntrica americana, no quiso privarse, decía, de tan admirable escena, y fué necesario bajarla á la fuerza; pero ya en el camarote, y para ver lo que pasaba afuera, abrió la puerta-ventana, *ojo de bucy*, que alumbraba el cuarto, y casi la destroza el oleaje que entró por la ventanilla; ese torrente de agua, anegó el camarote y maltrató á la curiosa *Miss*. Como yo estaba sentado en una butaca del comedor, silencioso y bastante preocupado, se acercó á mí y con una risita de diablillo me

dijo: «¿Usted tener miedo? Yo tener hambre, los servantes olvidar comida por tener susto, y cocina estar mojada con agua salada. No haber sandwiches ni jamón por ser barco inglés, si fuera americano ser diferente y haber pork and beens y sweet cakes con melaza».

Así pasamos cerca de seis horas. Como á las once de la noche empezó el vapor á moverse de popa á proa. Buena seña. Eso indicaba que estaba ya libre y flotaba sobre el *Bajo*.—Pronto se puso á trabajar la máquina y continuamos sin más novedad. Las averías fueron pocas esta vez: una puerta de vidrio hecha mil pedazos por una ola, dos marineros estropeados, y un oficial (por desgracia era el médico) con un ojo perdido por un cabo de cable que lo golpeó.

Al día siguiente dormíamos todos el sueño del justo, confiados en la pericia del Capitán.—A las cuatro de la mañana, un ruido anormal nos despertó. Se oían carreras de marineros, el silbido del pito del contramaestre y algunos *goddames* en boca de los oficiales. Yo salté del camarote y subí á la cubierta en busca de noticias. Me quedé paralizado de horror al ver frente á nuestra nave una gran embarcación que avanzaba hacia nosotros, esto, á pesar de los cohetes y la campana. El monstruo marino venía á todo vapor, arrojando también algunas luces de Bengala y grandes cohetones,

que solo apercibimos cuando ya estábamos á cincuenta metros de aquella inmensa mole. Cerré los ojos y esperé..... ¡Santa Bárbara bendita!..... pasó..... ¿estaré soñando?..... No, pasó de veras como á diez metros de distancia á nuestra derecha. ¡¡Salvados!!....

Era un Trasatlántico de la misma línea de Irlanda. Ya iba yo á recogerme á mi camarote, cuando observo que todas las miradas, tanto del Capitán como de la tripulación, se dirigían, no al monstruo que ya iba lejos, sino al lado contrario, á la izquierda. Miro..... y veo una especie de montaña enorme, de un blanco cristalino, que majestuosamente flotaba cerca de nosotros. El encuentro de esa clase de moles es frecuente en el verano, pues se desprenden del polo por el calor, y aun antes de que puedan verse se anuncian por el repentino enfriamiento de la atmósfera. En invierno son raros esos desprendimientos del hielo polar. Siempre son peligrosos, mucho más cuando se aparecen á flor de agua, porque entonces no se les ve, solo se les siente como he dicho. Contemplando estaba el magnífico panorama cuando me tocan el brazo unas manitas blancas que pertenecían á una especie de fantasma vestido de albo lienzo. Era Miss Jenny en bata, con un binóculo terciado al pecho por una correa, y una Biblia ricamente adornada que compri-

mía entre el brazo y el costado. «Yo ser dichosa y contentada por ver dos casualidades con muerte encima para migo! *Very nice tres beau.....* Usted estar miedoso como si murieron de verdad». Y va de risas y de bailar cantando la *Casta Diva* de Norma. Repentinamente desapareció corriendo hacia la cámara y repitiendo muchas veces «Good morning Mister Aguilo».

El cuarto día amanecemos cerca de una tierra toda cubierta de nieve (se recordará que estábamos en diciembre). Grandes cerros y picos blancos como algodón. Según íbamos acercándonos, empezamos á ver una pintoresca población, construída en anfiteatro, exactamente como San Thomas. El *Asia* ancló á media milla de la ciudad de San John (San Juan), capital de la isla de Terranova, que los ingleses llaman «New ffoundand» ó sea, tierra nuevamente encontrada. Miss Jenny y yo sacamos nuestros equipajes y alquilamos un bote que nos condujo á tierra, al *Polar Hotel*. Un frío de veinte grados bajo cero, amenazaba nuestras narices, así como las orejas y demás extremidades, fuera de los *sabañones* que son propiedad exclusiva de los pies. La primera palabra que pronunció Miss Jenny fue preguntarle al hotelero mister Bread, por el lugar donde podría ella comprar un perro de la raza llamada de Terranova. El malicioso hotelero le dijo que era im-

posible, ó muy difícil encontrar esos animales de venta, pero que él, Mr. Bread, le ofrecía una parejita preciosa, pues acostumbraba cuidar la cría escogida, y comerciar en ese género de mercancía canina. Un negrito, criado del hotel, que escuchaba la conversación, esperó que quedáramos solos para decirnos que por un chelín nos llevaría á una finca, donde se hacía la cría de perros en grande. Que la pareja que nos ofrecía su patrón, no era de la raza llamada de *Aguas* sino de otra inferior.—

Aprovechamos el aviso, y al día siguiente partimos al campo, guiándonos el negrito. Pronto divisamos un gran edificio de ladrillo, que tenía á su entrada un gran cuadro con perros lanudos pintados. Nos recibió un caballero vestido de frac negro y guantes blancos, y acto continuo nos empezó á mostrar el establecimiento. Indudablemente estaban mejor alojados aquellos animales, que la mayor parte de las gentes pobres de Europa y América del Norte. Lo más curioso de todo, era el Hospital, es decir, el hospital perruno. Allí solo moraban los perros enfermos, cuidados por un Doctor veterinario y una nube de empleados enfermeros; Miss Jenny y yo pensábamos que en aquella tierra productora de perros de agua, debían ser muy baratos, y propuso comprar uno de seis meses de edad, pero desistió completamente

cuando supo que el más barato valía dos libras esterlinas, y había algunos tan hermosos, grandes y bien educados que valían diez y quince libras. Nos contentamos, pues, con haber visto aquel mundo canino, y nos despedimos sin entrar en negocios aquel día.

En la noche fuimos al teatro Minstrils en que, como es sabido, se ocupan de imitar el habla y modo de ser de los negros, sus bailes, y sobre todo, su escandalosa alegría y estupidez. En un entreacto, se exhibió un *salvaje* (que seguramente no lo era) pero lo cierto es que la imitación era tan natural, que nos inspiró verdadero terror.—Los bramidos de aquel salvaje eran horribles. Al concluir el espectáculo se oían las señales de alarma de un incendio, y aunque bastante lejos del Teatro, Miss Jenny me propuso que fuéramos á verlo y partimos á paso acelerado.—Cuando llegamos al lugar del accidente ya no quedaban más que los muros de ladrillo, á pesar de ocuparse en apagarlo una brigada entera de bomberos.—Era un almacén de víveres (ó de *groserías*, como ví una vez anunciada en Panamá una venta de comestibles, siendo la intención del tendero traducir así la palabra inglesa *groceries*). En el tránsito, encontramos dos grupos que conducían en *camillas* á varios heridos, y supimos que había perecido un bombero y la señora del

dueño de la casa quemada. Estas dos víctimas no fueron quemadas, sino que el bombero tomó á la señora, que se había desmayado en un tercer piso, y la hacía bajar por una escala de cuerda, cuando salió repentinamente una fuerte llamada de una ventana y abrasó la escala. Ambos desgraciados cayeron en el empedrado de la calle. Murieron pocos momentos después.

Lo que más me molestaba de mi linda compañera, además de sus malhadados suspiros por su maldito novio, era la propensión, casi puedo decir la pasión, que tenía por las apuestas, como todo legítimo inglés ó americano. Esa noche me propuso que apostáramos, ella que no se comunicaría el fuego á la casa contigua á la quemada, y yo que si se comunicaría. Tuve que convenir en tomar el lado de la apuesta que se le antojó dejarme. Pero me quedé verdaderamente lelo al oír á mi compañera elegir el premio ó precio del que ganara. Si ella perdía..... me daba..... ¿qué os parece que me daba?..... nada menos que un beso en público, y si era yo el que perdía, estaba obligado á caminar para atrás en una calle pública en pleno día. Me admiró lo del beso, porque Miss Jenny, aunque de una despreocupación verdaderamente yankee, era decentísima y muy correcta, casi severa en materias amorosas. Eso lo supe yo á mi costa, una vez que se me an-

tojó decirle que, si seguíamos viajando juntos, acabaría por enamorarme de ella. Una carcajada impregnada de atroz ridículo, fué su confesión. «Yo pensar, me dijo, que usted estar menos tonto, pero equivocarme. Usted estar como todos jóvenes españoles que creer todas las mujeres enamorarse de ellos por ofrecerles una flor ó mirarlos con benévola atención. Usted y yo, ser amigos grandes *for ever*». A esto siguió otra carcajada que me convirtió en estatua..... del ridículo.

Al día siguiente fuimos á ver cuál de los dos había ganado la apuesta. ¡Había perdido Miss Jenny y reclamé el premio ofrecido. Nó, me dijo, yo dar beso en público, solos nó. Así lo verificó, llamando la atención en los postres, concluída la comida, en mesa redonda. Se levantó de su asiento y me..... dió... un fuerte y ruidoso beso con la sencillez y tranquilidad que acostumbraba.

El resto de la quincena lo pasamos en excursiones á los alrededores de San Juan y la noche en el teatro *Minstrils*. Miss Jenny dió una bofetada á un criado negro del hotel, que le derramó una salsa en el traje; pero luego le regaló una libra esterlina. Las noticias que diariamente nos llegaban de la navegación en los Bancos ó Bajos, eran terribles: muchos *topes* ó encuentros de buques y naufragios.

Después de dos semanas de permanencia en la isla, tomamos el vapor, embarcando, además de nuestras personas, dos perros y un barril de manzanas, las mejores del mundo, todo de Miss Jenny.

Entre los pasajeros nuevos, es decir, que hacían la travesía del Atlántico entre Terranova é Irlanda y no venían antes á bordo, nos asustó la noticia de más de setenta personas que componían una empresa de Circo-Americano. Leones, tigres, un elefante, camellos, serpientes y dos clowns que, por dicha, eran bastante graciosos y nos hacían reir en las tardes y noches, de que el mar permitía disponer. Esto solo después que salimos de los Bajos.

Y con razón, pues la segunda noche, á pesar de los cohetes, las campanas y los cañonazos, se nos vino entre las nieblas un bergantín noruego que chocó con nuestra nave, y se hundió en menos de un minuto; dichosamente pudieron salvarse los pasajeros y tripulación con excepción de una hermana de la caridad que desapareció en el choque, y no se volvió á tener noticia de ella. El cuarto día la niebla era tan densa que no se distinguía nada á cinco metros de distancia. A la una de la madrugada sentimos pasar, como un rayo, una barea de vela, rozando nuestro flanco, ó como dicen los marinos, *á estribor*..... luego desapareció en el caos....!



Estábamos varados. El primer cocinero fué barrido por una ola monstruosa, no quedando de él más que los apetitosos recuerdos de su rara habilidad culinaria. Era especialista en un plato que llamábamos bacalao á la *niebla gris*.

Voy á concluir estas notas de mi viaje refiriendo un acontecimiento que, hoy, después de treinta años que hace que tuvo efecto, aun se me erizan los cabellos al recordarlo.

Al segundo día de estar varados, la niebla desapareció y un hermoso día de sol, pero de muy fuerte marejada, nos alegró el corazón. Se le ocurrió á Miss Jenny subir sobre cubierta á contemplar el grandioso espectáculo del Océano embravecido.—El oleaje era espantoso y el viento era casi huracán. Bastante alarmado, pero empujado por un necio puntillo de honor, la seguí, y confieso que paralizó la circulación de mi sangre la vista de aquella conflagración de los elementos. Hice cuanto pude para disuadirla de tal calaverada, mas no fué posible contenerla, y sentándose sobre una gran caja que llevaba sobre cubierta, empezó á leer unos versos de Lord Byron, con ademanes teatrales y afectados.

Pensé que lo mejor sería avisar al Capitán, para que prohibiera á Miss Jenny que

continuara ocupando aquel peligroso lugar. Pasé al comedor, donde el Capitán examinaba una carta geográfica, y le manifesté mis temores de que acaeciera alguna desgracia á la linda americana. Sorprendido este buen hombre saltó, mas bien que salió, por la gran escalera, y yo lo seguí; cuando llegamos al punto donde habia dejado á mi buena amiga, ya no habia nadie en todo el compartimiento. Una idea horrible pasó por mi mente. Mis ojos devoraron el espacio inmenso que nos rodeaba y.... como á cien metros del buque, apercibimos..... ¡¡Dios del Cielo!!.... un bulto blanco que flotaba.... y desaparecía por instantes; luego volvíamos á verlo y de nuevo desaparecía..... hasta que al cabo de unos diez minutos solo vimos mar..... y cielo. Miss Jenny..... ya no existía. Inútiles fueron los esfuerzos del Capitán, que, á pesar del peligro que habia para los marineros que fueron en su busca mandó tres botes, cada uno al mando de un oficial á explorar el mar..... pero nada..... todo fué infructuoso. La simpática americana, mi preciosa compañera de viaje..... dormía el último sueño en un lecho adecuado á su excéntrico carácter..... ¡¡entre las algas y en medio de las perlas del mar.

La trinchera



I

Cinco años hacía que Julio Valera había entrado como interno en un colegio de Nottingham en Inglaterra. Hijo único de don Casio Valera y de doña Mercedes Iriarte, honrados agricultores de Cartago, que gozaban de una mediana fortuna, Julio, era adorado por su familia y fue la única preocupación de la vida de sus padres, quienes se propusieron hacer de su descendiente, un hombre de profesión, que pudiera brillar en las altas clases de la sociedad.

Raras veces tienen buen resultado esas educaciones que contrastan con la que han recibido sus padres; á veces por que el nuevo doctor ó literato desprecia á sus parientes, ó sufre por la ignorancia y poca cultura de los suyos; y las más veces porque se contraen en el extranjero, lazos indisolubles que introducen en

la familia costarricense un elemento heterogéneo y exótico que casi nunca lleva la dicha y la tranquilidad al hogar.

Mas, en el presente caso, todo auguraba buen éxito, pues don Casio no era una vulgaridad; era un hombre que había leído mucho y había viajado por los Estados Unidos en sus mocedades. Tenía pues ese barniz que sólo da el comercio con los diferentes pueblos civilizados. Además, Julio era una joya en su género. Bien formado de cuerpo, sano de corazón y dotado de una grande inteligencia; pero sus meditaciones y su selecta organización habían hecho de él un soñador, un melancólico que padecía de esa sed ardiente por la verdad, que es la levadura con que se forman los grandes hombres, los sabios y los benefactores de la humanidad.

Desde muy niño, Julio observaba, arrobado y estático, las grandes manifestaciones de la naturaleza, y todas lo impresionaban hasta el grado de hacerlo sufrir, y algunas veces, gozar sin explicarse la causa. Valiente, generoso y desinteresado, estaba siempre dispuesto á servir á todos y á ponerse del lado del debil y del desgraciado. Horas enteras pasaba mirando correr el agua de un riachuelo, ó siguiendo el derrotero de un insecto, para investigar el misterio de la vida de los seres no raciona-

les, pero dotados de un instinto mil veces más certero que la razón.

El principal objeto de sus meditaciones, y el que era también la causa de sus sufrimientos, era la inexplicable existencia del mal. ¿Por qué existe el dolor físico, la envidia, la venganza, el odio?... El Ser infinitamente sabio y bondadoso que creó el cielo y la tierra, fué impotente para ofrecernos la vida rodeada de bienestar y felicidad?... Y si tenía el poder de hacerlo, por qué negarse á complacernos?... Por qué nos hace pagar cada momento de dicha con una semana de tormento?... ||| Misterio!!!...

Pero, esa filosofía desconsoladora, en vez de conducir á Julio al pesimismo y á la misantropía, lo arrastraban hacia el bien, y los males de todos lo llenaban de compasión por el mísero género humano, por ese pobre animal que se intitula rey de la naturaleza, y que en realidad no es más que el sufre-dolor de la creación. Los seres débiles y desvalidos eran el objeto de su predilección y empleaba su valor que casi era temerario, y sus recursos en su defensa.

Quince años cumplía Julio en diciembre de 1856. En el colegio era apreciado y estimado en su verdadero valor, y el jefe lo quería, cuanto cabe querer en un inglés metalizado y con ribetes de luterano anti-Papista.

Ese amor no llegaba, no obstante, hasta

sufrir la pérdida de un mes de pensión, como lo veremos en seguida. Sesenta libras esterlinas pagaba nuestro colegial por *boarding* y enseñanza, pues es preciso decir que el establecimiento no era, ni con mucho, un colegio de primer orden, y eso explica el corto valor de la pensión.

II

En un día frío y triste del mes de diciembre, el director del colegio Mr. Jhong Backer meditaba, recostado sobre un largo sillón de suavísimos resortes, cerca de la chimenea, donde ardía un enorme pedazo de carbón que calentaba todo el cuarto; pensaba decíamos, en los tormentos que el frío hace sufrir en esa estación á los pobres y desvalidos habitantes de la Gran Bretaña. A su izquierda tenía una mesita, sobre la cual humeaba una tetera de porcelana rodeada de la azucarera y lechera del mismo juego, y de una pirámide de *cakes* ó pastelitos de harina y frutas conservadas. Entre sorbo y sorbo del hirviente licor chino y entre bocado y bocado de *cakes* leía su correspondencia. Una carta con la cubierta enlutada llamó su atención. Venía de América; la abrió y leyó lo que sigue:

«A Mr. Jhong Backer.—Nottingham. diciembre de 1857.—Cartago.

El cólera morbus ha hecho de las suyas en este pequeño país. Catorce mil víctimas en una población de ciento cincuenta mil habitantes, hace más de un nueve por ciento, proporción que jamás se ha visto en ninguna parte del mundo aun incluyendo la misma cuna del mal, que es el Ganges. Entre las más fustigadas por la peste ha sido la familia de su pupilo, Julio, pues en una semana perdió á su padre, á la madre y á una tía vieja que vivía con ellos. Aunque poseían una mediana fortuna, la depreciación de los inmuebles, que es consecuencia natural de la guerra y de la peste, ha reducido la herencia de Julio á un proceso que será largo y dispendioso, y de donde no se sacará un solo centavo en limpio. Sea Ud. generoso y procure recomendar á la caridad pública al joven colegial, pues no hay que esperar nuevas pensiones, ni mucho menos encontrar fondos para pagar el pasaje.»

A un miembro de la familia latina, esa carta le habría proporcionado un terrible rato; y quizás habría derramado algunas lágrimas de conmiseración, al notificar á Julio, que debía salir del colegio al día siguiente, por no ser posible continuar manteniéndolo y enseñándolo

gratis; mas un inglés legítimo creería ofensivo á su dignidad el parar mientes en semejantes bagatelas; así fué que se limitó á ponerle una libra esterlina en la mano, entregarle su maletilla y darle su bendición luterana, encargándole mucha economía.

Con la muerte en el corazón se despidió Julio de aquel negro edificio que lo había albergado cinco años y con su maleta en una mano y un bastón en la otra, salió del colegio el mísero huérfano y atravesó la ciudad.

III

La nieve caía en gruesos copos sobre la ciudad de Notthingan, la Atenas Británica, como la intitulan los ingleses por haber sido cantados por sus poetas, los valles y montañas que la rodean. El cielo gris y el mugido del cierzo helado, enfriaban hasta la médula de los huesos de los que recorrían sus calles. El hambre y la sed son dos grandes productores de dolor y de sufrimiento; pero son nada en comparación del tormento que proviene del frío intenso, cuando no se tienen los medios de paliarlo. No hay hombre tan valiente que no baje la cerviz ante una temperatura de 30 grados bajo cero.

En ese estado de la atmósfera, y siguiendo el consejo del director Mr. Backer, emprendió Julio el viaje á Londres, á pie y sin más alimento en el estómago que una taza de té con tostadas. Si el tren expreso gasta ocho horas para salvar la distancia que separa la ciudad de Nottingham de la de Londres, ya puede suponerse el lector los días que Julio pasaría en el camino. En efecto, cinco días de buen andar lo llevaron á la gran capital, que hoy tiene ella sola más habitantes que Centro-América, Venezuela y el Ecuador juntos. Dormía al lado de las vacas en las caballerizas de las quintas, y comía solo pan negro de cebada ablandado en el agua de las fuentes públicas. Esa economía le era indispensable para poder vivir mientras encontraba como ganar la subsistencia. Todos los días mueren en Londres centenares de personas, muchas de ellas con profesiones y oficios, que en América habrían sido ricos. Médicos, abogados, ingenieros y escritores, perecen de inanición en las calles de la gran Metrópoli. Costa Rica conoció uno de esos seres de privilegiado cerebro, Mr. Felix Belly, redactor que fué de El Constitucional de París, y escritor de varias obras literarias; ese hombre á quien el Gobierno de este país trató de igual á igual, fué encontrado una mañana en las afueras de Bruselas, expirando de hambre. Un periodista

que lo encontró, lo hizo conducir á un hotel y recogió una suscripción con la cual salvó la vida de su *confrere*. Y si esto sucede á personas de esta talla ¡qué podía esperar Julio, sin saber otra cosa que, mucho latín, algo de griego y mucho de metafísica, geografía é historia, ciencias utilísimas y que sirven de adorno á cualquier hombre; pero que no producen ni se cambian por un solo bock de cerveza ó un bocado de pan! En gran peligro estaba pues, nuestro cartaginense si Dios ó su suplente, el acaso, no se compadecían de él.

Comenzó por alquilar una bohardilla en un quinto piso, por la cual pagaba seis chelines mensuales. Comía sólo pan y pasaba los días y parte de las noches recorriendo las calles de Londres, en la puerta de los teatros, ó en los muelles del Támesis. Quiso ganar algunos peniques como cargador y mozo de cordel, pero lo molieron á mojicones los interesados en alejar la competencia. Cuando concluyó con su último penique, y vendió para alimentarse hasta su pequeña Biblia fué arrojado de la bohardilla y comenzó para él una vida de miseria negra. Extenuado á veces, se arrojaba en la noche bajo el pórtico de algún edificio público, pero la policía lo condujo á la cárcel como vago. Verdad es que se le ponía pronto en libertad más esto era contra los deseos de Julio, que

prefería estar encerrado entre cuatro paredes; por que allí al menos tenía asegurado un pedazo de jamón y otro de pan, además del techo, que lo abrigaba contra la nieve y el viento.

Así pasó Julio algunas semanas. Su buena estrella lo condujo á una gran caballeriza, donde trabajaban otros niños y adolescentes dieciocho horas al día por seis peniques, ó sea, un real, con lo que apenas se libraban de morir de hambre. Se le aceptaron sus servicios y se le destinó á la limpia del estiercol fresco que tenía que sacar casi bajo de los pies de los caballos. El paraíso le pareció á Julio su nueva posición. En efecto; dos comidas al día, compuestas de unas delgadas placas de jamón con una libra de pan negro, y media botella de cerveza. Dormía en un salón en común con sus compañeros de trabajo, y eso le proporcionaba algún calor, producido por la traspiración de más de cuarenta personas.

En ese establecimiento vivió, ó más bien diremos, agonizó Julio durante año y medio, época en que llegó á Londres un comerciante herediano, y la casualidad hizo que este fuera á alquilar un carruaje en la caballeriza donde aquel trabajaba.

Julio, á la vista de un paisano (en Europa, hasta los argentinos y brasileños se llaman paisanos) vestido á la *centro americana* se di-

rigió á él en español y el comerciante vino así en conocimiento de aquel inmerecido infortunio. Dió á Julio algunos recursos para que preparara su viaje y le ofreció pagarle el pasaje en *proa*; esto es, en tercera clase.

Se embarcaron ambos en Southampton en el vapor Seine y llegaron á Puntarenas un mes después, vía de Colón y Panamá. Julio siguió á su benefactor á Heredia. Esto en ocasión que se celebraban las alegres fiestas del Carmen. El Presidente don Juan Rafael Mora había sido invitado á ellas y fué recibido en la casa del rico comerciante en cuya casa habitaba Julio.

Después de la comida, se habló del viaje y de las aventuras, ó mejor dicho, desventuras de Julio. Mora llamó á éste y le hizo contar detalladamente lo que le pasaba y le había sucedido.

El Presidente Mora gobernaba bajo el imperio de una constitución (la de 1848) que hacía del mandatario un monarca casi absoluto. Además de eso, Mora cuando se trataba de hacer bien no se paraba ante un acto dictatorial. Pluguiera á Dios que lo hubieran imitado los dictadores que le sucedieron; más estos solían usar de la dictadura, solo para sostenerse en el poder, para vengarse contra algún opositor ó para adquirir ventajas pecuniarias.

Por supuesto que entre los sucesores de Mora ha habido honrosísimas excepciones; así es que cada uno se aplicará el gorro que esté á la medida de su cabeza.

Julio fué el objeto de uno de esos actos de benéfico absolutismo, como veremos más tarde. Por lo pronto fué incorporado en la comitiva del Presidente, quien le declaró que en su casa tenía un cuarto para habitar y un lugar en su mesa. Esto, mientras entraba en posesión de sus bienes.

Así fué hecho. Julio, cuya noble alma no necesitaba de tanto para estimular su gratitud, fué desde ese momento el compañero inseparable de Mora á quien servía como escribiente Secretario y á quien quería y veneraba con un cariño que rayaba en adoración.

Con la influencia del poder de Mora, pronto fué liquidada la herencia de Julio, castigados los depredadores y malos curiales que habían enredado la sucesión, y nuestro colegial se encontró en 1859 con una corta fortuna que le proporcionaba la independenciam y el confort. Pero Julio no aspiraba en esa época ni á la una ni á lo otro. Su gran desideratum era corresponder con su adhesión y lealtad á los beneficios recibidos del Presidente.

En ese estado sus asuntos, ocurrió la revolución ó cuartelazo del 14 de Agosto de

1859. Julio quiso seguir al proscrito, más este le hizo ver que sus servicios le eran más provechosos quedándose en Costa Rica ayudando á don José Antonio Chamorro, cuñado de Mora, á administrar y hacer producir el «Ojo de Agua» la más valiosa hacienda del ex-presidente, los fondos necesarios para atender á la manutención de la familia.

IV

En sus raros viajes á San José, dió la casualidad que encontrara Julio á una joven que decidió de su porvenir y de su vida. La primera vez que la vió fué en el entierro de una señora extranjera. Ella vestía de negro y marchaba con el paso y el porte de una reina; pero su trato y modales nada de altanero ni de pretencioso tenían. Lejos de eso, todas sus facciones, sobre todo sus pardos y grandes ojos, anunciaban caridad. Su boquita de *rosa* prometía mucho amor y mucha constancia. Julio creyó que ella lo miraba al descuido, y cuando los ojos de ambos se encontraron, ella se sonrojó en extremo, y él palideció de placer.

La segunda vez que se encontraron fué en un casamiento en la Iglesia Catedral. Esta

entrevista decidió para siempre de la suerte de Julio, pues sintió que amaba á aquella fresca *rosa*, con toda su alma y con todo su corazón. Sintió también que era correspondido. ¿Por qué?..... Preguntádselo á todos los que han amado, y todos os dirán que el amor se comunica según el sistema novísimo de Marconi: por telégrafo sin alambre.

Es lo cierto, que Julio estaba locamente enamorado. ¿De quién? ¿Cual era el nombre y la familia de su adorada? Lo ignoraba, y..... valiera más que nunca lo hubiera sabido.

V

El doctor don José María Montealegre, Presidente de Costa Rica en 1859, fué el sucesor de don Juan Rafael Mora en el poder. Montealegre, médico de gran reputación se casó con doña Ana María Mora, hermana de aquél; así es que era cuñado de Mora. Excelente marido y padre amoroso, tuvo en este su primer matrimonio, diez hijas, cuyos nombres son muy honorablemente conocidos aquí y en California. Las hijas mujeres, todas, con excepción de una, se casaron más ó menos bien. Entre ese jardín de flores descollaba una perfumada *rosa*, que no se podía verla sin amarla.

Ahora bien, querida lectora; ¿queréis saber cual era la desconocida ninfa que había hipnotizado á Julio?—Pues fué..... nada menos que esa *rosa*, que, aquí para entre nosotros llamaremos Ester. Si señoras, Ester Montealegre era el objeto del desesperado amor de Julio. Decimos desesperado, porque esa unión era imposible, dados los acontecimientos políticos que pusieron entre la familia de Mora y la de Montealegre un obstáculo difícil de salvar..... y que más tarde se convirtió en un abismo sin fondo.

Veamos como conoció Julio el nombre del objeto de sus ilusiones.

Una tarde del mes de Agosto, paseaban á caballo por la *Sabana* varias jóvenes de la mejor sociedad josefina. Iban á Santa Ana á pasar el día en el *Brasil*, fuente ferruginosa que ha sido hace muchos años lugar de peregrinación en busca de salud.

Julio venía de las Pavas, también caballero en elegante ruano. Al encontrar el grupo de jóvenes que un viejo inglés acompañaba, observó que uno de los caballos se encabritaba, y la joven que lo montaba, daba gritos de espanto y terror. Julio, sin titubear se dirigió á la paciente, que en ese momento era arrojada de su montura por un brusco salto del animal, y cayó, por dicha de pie, pero ligera-

mente maltratada en un brazo y una mano. Julio ofreció sus servicios, se apoderó del caballo rebelde, y ofreció cambiarlo por el suyo, que aunque muy brioso, había sido muy bien adiestrado. Todo esto lo hacía Julio sin saber ni lo que decía, impresionado enormemente al reconocer en la joven maltratada, el objeto de su intenso amor.

Sus servicios fueron aceptados, y como las consecuencias del accidente no eran graves, continuaron el viaje para Santa Ana, invitado Julio por el inglés para que las acompañara. En todo el camino no se separaron los dos jóvenes. ¿Que se dijeron y de qué trataron en esas dos horas de camino? No lo sabemos; más al llegar á la célebre fuente de agua mineral, cada uno de ellos sabía, que amaba, y que era apasionadamente correspondido. ¿Fue esto sobre entendido, ó hubo expresiones, juramentos y demás protestas claras y mil veces repetidas, como es costumbre? También lo ignoramos porque Julio jamás nos lo dijo.

Para comprender la inmensa desgracia que esperaba á Julio, es preciso recordar que esos sucesos pasaban en agosto de 1860. Mora y sus principales adeptos y deudos, habitaban en Santa Tecla del Salvador; y Julio que, no conoció más pasiones que el cariño y casi adoración á D. Juan R. Mora, y el amor á Ester,

residía en la hacienda del *Ojo de agua*, y sólo venía á San José una que otra vez; así fué que volvió de Santa Ana con el grupo de excursionistas, quienes quedaron encantados de la buena presencia, de la amabilidad y del bello espíritu de Julio. Pero ni Ester ni ninguna otra de las jóvenes que la acompañaban, sabía quien era Julio, ni su posición política. El único conocedor de su situación, era el viejo inglés, quien, después que Julio se despidió, puso en conocimiento de todas ellas, que aquel joven era el más decidido opositor del actual orden de cosas; por consiguiente, mortal enemigo de Montealegre, padre de Ester.

Esta al saber semejante historia, cayó en brazos de una de sus amigas, presa de uno de esos síncope rebeldes que imitan de tal modo á la muerte, que muchas personas han sido enterradas vivas, en ese estado, en pueblos donde se carece de médicos, particularmente en tiempo de pestes, en que todo el mundo se apresura á alejar los cadáveres por temor á la enfermedad.

El paseo al Brasil en Santa Ana fué descrito por un periódico semanal, que cayó en manos de Julio. Lo que este desgraciado sintió, al saber el nombre de su adorada, es difícil de expresar. ¡Ester, hija de Montealegre!! ¡Ester, sobrina de Mora, pero hija del que lo arrojó del poder!!

De una negra melancolía fué presa el alma

de Julio desde ese momento; pero, desgraciada ó dichosamente para él, tan rudo golpe del destino, fué seguido por uno de esos cataclismos que cambian la faz de las naciones y la marcha normal de los pueblos.

En efecto; el desembarco en Puntarenas de los generales Mora y Cañas, el 15 de septiembre de 1860 fué uno de esos sacudimientos que forman época en la historia.

Mas, no habiéndonos propuesto en esta novelita histórica, otra cosa que el relato de uno de nuestros más terribles episodios nacionales; esto es, pintar la legendaria y sangrienta lucha de la *trinchera*, pasaremos por alto los sucesos que precedieron y siguieron á ese combate. A los que deseen conocer esos hechos, les recomendamos la lectura de «Páginas de Historia» y la de otras publicaciones de la misma índole y del mismo autor que suscribe la presente, y que tiene el honor de besar las manos de sus lectores y los lindos pies de sus lectoras.

VI

La atención del viajero que vá ó viene en el tren que hace la carrera entre Esparta y Puntarenas, es casi siempre excitada por la vista de la *Angostura*, que efectivamente es el

lugar más estrecho de la lengua de arena, en cuyo extremo ó punta está situada la ciudad de Puntarenas. Esa lengua de tierra está rodeada por las aguas del mar libre y por las del *Estero*, que son aguas del mismo Océano Pacífico, pero encajonadas en un estrecho golfo que termina en la Chacarita. A veces, en las grandes mareas, se unen las aguas; mas lo corriente es que dejen un espacio en seco, que no baja de diez varas, ni excede de cincuenta.

Allí se construyó la famosa Trinchera, que fué la tumba de muchos, y será impercedero recuerdo del arrojo y del valor temerario que allí desplegaron los costarricenses, vencedores y vencidos.

Para comprender el motivo que decidió á los amigos de Mora, á tomar la defensiva, tras de una fortificación, en vez de marchar sobre Alajuela y San José, es preciso dar algunas explicaciones.

La revolución proyectada, debía estallar el 15 de septiembre simultáneamente en la costa y en el interior. Arancivia debía tomar los cuarteles de Esparta y Puntarenas. el mismo día que una sublevación hábilmente preparada estallaría en San José y Alajuela. Ese mismo día era convenido que desembarcarían Mora y los suyos. Claro es que si tal plan se consuma, el Gobierno no hubiera podido impedir la en-

trada de Mora al interior, y una vez allí, era infalible el triunfo de éste, dada la popularidad y el número de sus adeptos, que no bajaba de las nueve décimas partes de la población de Costa Rica.

Mas en vez de eso, hubo un Judas, y no un Iscariote cualquiera, sino un *conspicuo* y titulado Judas *Capitolino*, en quien los moristas habían depositado su confianza y sus más caros intereses. Ese falso amigo reveló el proyecto de revolución con todos sus detalles al ministro omnipotente don Vicente Aguilar, y como ese crimen se cometió el 13 de septiembre, tenía el Gobierno dos días á su disposición antes de que desembarcara Mora, para alistar su defensa y para imposibilitarle su marcha hacia el interior. A pesar de esa enorme ventaja, tal era el terror de los miembros del Gobierno, ante un pueblo que en masa pertenecía á Mora, que todos ellos, con excepción de Aguilar, alistaron mulas y mozos para huir por Moín ó Sarapiquí. La entereza del célebre Ministro de Hacienda los salvó. Abrió su caja repleta de oro, é impuso su férrea voluntad á todos.

El general don Pedro García fué enviado sobre la marcha al camino de Puntarenas con una fuerza para impedir que el pueblo armado emigrara á la costa á unirse con su ídolo, y éste puso en prisión á todos los moristas de importancia.

Con esa noticia, en vez de esperar á Mora y Cañas, que debían llegar en el vapor el 15 de septiembre, adelantaron la toma de los cuarteles de Esparta y Puntarenas y se fortificaron en la Angostura. Hé ahí la explicación y el génesis de la Trinchera.

VII

Once buques de vela estaban anclados en Puntarenas, y sus tripulaciones, compuestas, en su mayor parte de ingleses, alemanes, americanos y suecos, presenciaron desde sus respectivos bordos, la sangrienta y desigual lucha que vamos á describir. Los jefes de esos bajeles, todos nos eran favorables, y todos á porfía nos proporcionaron cuanto les pedimos; cañones, víveres, municiones y toda clase de armas, pagándolas unas, y otras sin remuneración alguna.

Entre los extranjeros que residían ó estaban de paso en Puntarenas, sólo uno nos fué hostil, un español, Barahona

Todos los demás ayudaron á Mora, bajo cuerda unos, y otros sin ocultar sus acciones y simpatías. Tales fueron: el arrogante joven don Crisanto Medina; Mr. Folker dependiente de la casa de Beeche y C.^a Mr. Farrer, cónsul inglés; Mr. Roger, inglés avecindado hacía mu-

chos años en Costa Rica, y que expuso su vida combatiendo á Walker, en cuya campaña, lo mismo que en la que relato fué nuestro *Nelson*.

De San José vino don Guillermo Nanne á la cabeza de un grupo de alemanes, sus compatriotas, algunos de los cuales fueron víctimas de su valor y de su lealtad.

Santander, chileno de muy buena familia, nos prestó sus conocimientos militares, y el venezolano M. Delgado, hábil ingeniero, dirigió la construcción de la trinchera, que á juicio de los conocedores, era una obra maestra en su género.

Con esa ayuda, se comprende que en dos días, apareciera completamente concluida la famosa fortificación.

La trinchera tenía la forma de una herradura de caballo cuyos clavos eran representados por claraboyas por donde asomaban nueve piezas de artillería de grueso calibre.

La fuerza que de ambos lados se batió, estaba organizada del modo siguiente: Mora, presidente de hecho y jefe supremo del movimiento revolucionario, residió en Puntarenas lo mismo que el estado mayor general. D. Manuel Argüello Mora, ministro secretario de Mora. El general Cañas, comandante de la trinchera, y el general don José Joaquín Mora, comandante de la plaza.

La guardia del presidente, compuesta de 30 hombres, la mandaba el heroico y malogrado Salvador Guevara, antiguo administrador del Ojo de Agua. Esa fuerza no se movía del cuartel general. En la aduana vieja habían 70 hombres y en la trinchera 90 soldados. De estos, las dos terceras partes eran costarricenses del interior, y una tercera se componía de chiricanos, nicaragüenses y demás habitantes del puerto, mas no nacidos en este país.

Las tropas del Gobierno las mandaba el general Blanco (D. Máximo), asistido por dos *at-láteres*; los señores don Francisco María Iglesias y don Francisco Montealegre, ministro de relaciones el primero, vice-presidente de la República, el segundo. Estos señores es probable que fueran desempeñando el mismo papel que la Convención francesa y el Directorio encargaban á sus comisarios; esto es, velar por que se cumplieran las instrucciones dadas á los generales é impedir que pudieran estos traicionar al Gobierno.

De mil quinientos hombres se componía el ejército enemigo á las órdenes de Blanco: mandaban el primer batallón el coronel Pí, español, y á sus órdenes los capitanes don Próspero Fernández, don Leandro Quirós y Tomás Herra. El segundo de Pí era don Federico Fernández: el segundo batallón lo mandaba el teniente coronel

don Luis Pacheco, y bajo sus órdenes el capitán don Pedro Quirós. El cuadro de oficiales montados (veinte) los capitaneaba don Fernando Oreamuno (Tatagollo): el tercer batallón iba á las órdenes de don Francisco Alvarado, y bajo las de éste, el capitán Solano. Finalmente, el bandido llamado capitán Rafael Gómez fué puesto á la cabeza de los cincuenta hombres que sorprendieron el cuartel general atravesando el Estero en botes. Médicos: D.^r Frantzíus é Irineo Gómez. Ingeniero: Mr. Barillier, francés. Además tenían diferentes mandos y comisiones, don Pedro García, don Pedro Fábrega, el general Alfaro, don Aquileo Echeverría y don Ramón Campos. Ayudantes de Blanco, lo eran los valientes y generosos jóvenes don Recaredo Bonilla, don Jesús Salazar, y don Joaquín Rojas. Capellán: el asqueroso fenómeno llamado padre Hernández, enano tan pequeño de cuerpo, como grande de vicios y maldades.

Cada cañón tenía su Comandante. Los nombres de esos valientes eran: José de Jesús Quesada, Leonidas Orozco, Francisco Castro, Evaristo Fernández, Frutos Mora—hijo del Benemérito don Juan Mora Fernández, primer Presidente de Costa Rica—don Mariano Castro, Alberto Villalta, el pretendiente de Elisa Delmar, Alberto Collar, alemán, Mariano Guevara é Ignacio Torres, el traidor. El General don Rafael

Chavarría era ayudante de Cañas, y Santander, segundo del mismo. Las lanchas cañoneras las mandaban: la que estacionaba en el mar, frente á la trinchera, don Guillermo Nane, y la que defendía el paso del Estero, el Capitán Rogers.

Desde el 15 hasta el 28, todos los días había ligeros combates sin resultado, y se cambiaban algunas balas de ambos lados. El ejército del Gobierno se ocupaba principalmente en construir el camino cubierto ó *paralelas* que son unas zanjas en zig-zag que tienen por objeto acercarse al enemigo, á salvo de las balas. El 28 esas paralelas llegaban á cincuenta varas de la trinchera. Esto entendido, pasaremos á describir el ataque y toma de esa fortaleza de madera.

VIII

Eran las seis de la tarde del 28 de septiembre. Mora conversaba en el salón del Estado Mayor, cuando llegó un correo de la trinchera. Cañas avisaba que se notaban extraordinarios movimientos en la Chacarita y que flameaba allí una bandera blanca. Mora tuvo la ilusión de creer que se trataba de un parlamento, quizás de un arreglo de la cuestión política, y ordenó á don Manuel Argüello que pasara á la

Angostura á averiguar lo que sucedía. Ese joven, acompañado de su amigo íntimo don Crisanto Medina (hijo) partieron á caballo en el acto. En todo el trayecto encontraron los dos jóvenes balas de cañón que recorrían la ancha playa, levantando la arena y formando *ricochets*. Llegados á la trinchera, supieron que no había tal bandera blanca; al contrario, todo indicaba que aquella noche se daría el asalto. Cañas suplicó á Medina que volviera á Puntarenas á comunicar á Mora lo que pasaba, y á don Manuel Argüello le rogó que se quedara con él para que lo ayudara en la defensa. Dió orden á don Rafael Chavarría para que hiciera un reconocimiento, acercándose lo más posible á las paralelas, y este valiente joven volvió diciendo que el asalto era inminente. Atención, tocó la corneta, y en medio de un profundo silencio, Cañas dió sus últimas órdenes. Estas eran: que al toque de «fuego» cada oficial hiciera disparar su cañón, menos el grande del centro, encomendando á Ignacio Torres, cuya pieza sólo debía vomitar su metralla cuando el mismo General Cañas, y no otro, diera la voz de «fuego.» Apenas acababa de dar esas órdenes, el centinela de la Garita gritó: «el enemigo se avanza.» Entre madero y madero habían intersticios hasta de una pulgada de ancho, además de las claraboyas de los

cañones. Por esas aberturas vieron los jefes y oficiales que las tropas saltaban de las zanjas, en silencio, y cuando hubo más de mil soldados fuera de ellas, que emprendieron á la carrera, el camino hacia la trinchera. Oigamos á Julio Valera, que en una carta á don José A. Chamorro, describe el combate como sigue:

«El corazón se nos saltaba de emoción al oír nuestra corneta tocar á «fuego.» Casi á un tiempo derramaron el espanto y la muerte nuestros ocho cañones. Los rifleros hicieron otro tanto; más, apenas hubo tiempo de hacer esa primer descarga, por que las tropas del Gobierno rodeaban la trinchera, sirviendo unos soldados de escala para que otros subieran sobre ellos. Pronto vimos toda la altura de la palizada cubierta de combatientes. De estos, unos se dejaban caer sobre nosotros ó se batían desde arriba con sus rifles y sus bayonetas. Cuando hubo frente al cañón del centro una masa de más de quinientos hombres, Cañas dió la voz de «fuego á la pieza central.» Torres acercó el mechón encendido al oído del cañón. Un relámpago iluminó el espacio, más el tiro no salió. Tres ó cuatro se precipitaron para agujerear el oído de la pieza, pero no fué posible encontrar el punzón ó lezna que antes colgaba de la cureña. ||| Un cortaplumas, un clavo, ó es-

tamos perdidos, exclamó Cañas!! Nada, ni cortaplumas ni cosa que se le pareciera. Tres veces se le puso nueva ceba y las tres veces se quemó en balde la pólvora. Si ese cañón hubiera dado fuego en su oportunidad, nuestro triunfo era seguro, porque habría barrido y puesto fuera de combate á la mitad de la fuerza enemiga. En vez de eso, ya no se trataba de tomar la trinchera, por que ambas fuerzas combatían mezcladas de este lado del fuerte y se acuchillaban á mansalva. Nuestro ánimo no desmayó, á pesar de todo, pero cuando menos lo esperábamos, vimos pasar por el lado de la playa, el cuerpo de oficiales montados del enemigo, y nos creímos rodeados por vanguardia y retaguardia. Eso provino de un descuido de Delgado, pues la fortificación sólo llegaba hasta la línea que marca la marea alta; así es que en marea baja quedaba á descubierto un espacio de mar de ocho varas, donde sólo habían unos sacos de arena por defensa.

Cañas se multiplicaba incitando á oficiales y soldados á no dar un paso atrás. Ya en esos momentos no quedábamos luchando arriba de treinta hombres, pues todo lo que no era costarricense de raza blanca huyó, arrojando sus armas. ¡¡Triste espectáculo el que presentaba un puñado de defensores atacados por más de mil soldados. Lo más triste del caso es que

aquella era una lucha verdaderamente fratricida. Peleaban el padre contra el hijo y el hermano contra el hermano. ¡¡Quien no se ha conmovido de horror al oír contar la tan conocida riña de los dos Joricas!! Jorica el joven era hijo de la célebre buscona llamada *Pancha Tana* y era de los nuestros. Jorica el padre, venía con las fuerzas del Gobierno. En la oscuridad y en el calor de la refriega, vimos á dos hombres rodar por el suelo, tratando de acuchillarse el uno al otro. Por fin, uno de ellos sujetó al otro y ya iba á traspasarle con su bayoneta, cuando un soldado del Gobierno le gritó: ¡¡bravo Jorica; despacha pronto á ese perro, y prepárate para el saqueo de Puntarenas!! Al oír ese nombre, Jorica el viejo exclamó: mátameme bruto; comete el único delito que te falta por cometer. Jorica hijo, soltó á su padre diciéndole: «te has escapado viejo; pero te aconsejo que te hagas el muerto, para que otro, que no sea tu hijo, no te mate de veras.»

«Cada momento se aumentaba el número de los asaltantes y se aminoraba el de los defensores de la trinchera. El estertor de los agonizantes, junto con los gritos de los heridos, formaba una terrible armonía con el reventar de las olas y el tronar de los cañones. Cuando ya sólo quedábamos unos ocho ó diez combatientes moristas, Cañas dió la orden apenas

oída por nosotros de «sálvese el que pueda y acudamos al Estado Mayor.» Esto diciendo, Cañas montó en un caballo que allí estaba amarrado, pero desensillado. En las ancas se colocó Mariano Guevara y partieron al galope. Tras de ellos seguimos algunos de los que aún quedábamos libres. A don Frutos Mora, lo asesinaron bárbaramente, alternando cada «viva Mora» que salía de la boca de ese valiente, con un balazo ó bayonetazo; hasta cuatro veces repitió el heroico hijo del Benemérito don Juan Mora Fernández el grito referido, y cuatro descargas consecutivas enviaron esa bella alma á las regiones celestes. Otro asesinato relataré, que, aunque se verificó en otro lugar lejano de la trinchera, fué consecuencia de nuestra derrota: Salvador Guevara, leal mandador de Mora fué hecho prisionero después de una lucha desesperada, en que se defendía contra veinte. Una vez atadas sus manos, un oficial muy conocido de Guevara se acercó á él y le ofreció sus servicios. El incauto y bravo Salvador aceptó la oferta, y le dijo que tomara un carriel que colgaba de su espalda, que allí había cuatro mil pesos en oro y lo entregara á su esposa; pues era todo cuanto él poseía, y serían los únicos recursos con que contarían su viuda é hijos. Con presteza ejecutó el oficial la acción que se le pedía, se apoderó del carriel,

y sin titubear, se retiró unos pasos atrás, y apuntó con el rifle al desgraciado Guevara. La muerte fué instantánea, que era lo que se proponía el bandido oficial.

Entre los más esforzados y valientes defensores de la trinchera, no puedo olvidar á Juan María Murillo, Antonio Argüello, oficial proveedor, y Espiritu Santo Solera, y á mis queridos amigos Torcuato Monge y Joaquín Borbón.

Don Manuel Soto, de Alajuela, acompañado de su hijo Manuel, de quince años de edad, se batió como un león.

¿Que costarricense dejará de envanecerse al oír contar la siguiente proeza de que fueron autores Toribio Artavia y Clodomiro Barquero, de Santo Domingo? Iban huyendo para Puntarenas delante de una partida de soldados vencedores. Todo su anhelo era escapar de ser alcanzados por ellos, pues esa noche no se daba ni se pedía Cuartel, así es, que en el caso de ser tomados, los fusilarían en el acto. Corrían, pues, á más no poder; pero uno de los soldados del Gobierno les gritó: «bandidos moristas, así es como defienden ustedes á sus patrones, los canallas Mora y Cañas?» Al oír este insulto, ambos muchachos se detuvieron y en vez de continuar huyendo volvieron sobre sus pasos, calaron la bayoneta á sus rifles y se lanzaron

sobre el grupo que los perseguía, compuesto de más de diez hombres. El resultado de esta heroica lucha fué la muerte de uno de estos, Baltasar Robles de la Arenilla de Cartago, dos heridos gravemente y la fuga del resto, uno de los cuales se arrojó al Estero y se ahogó: Antonio Jarquín de la Uruca. Desnudaron al que habían matado y á uno de los heridos y se vistieron con el uniforme de ellos, que consistía en blusa, pantalón de lana azul y sombrero de paja rodeado de una divisa roja con estas palabras impresas: «Viva Montealegre.» Así disfrazados, ya tenían asegurada la vida. Como yo había hecho algo parecido, despojando á un soldado del Gobierno de su vestido, marchaba tranquilo á unirme con Mora en Puntarenas. Fuí alcanzado por Artavia y Barquero y los tres decidimos, que, mientras no nós conocieran, pasaríamos por defensores del orden, y entraríamos á la ciudad por la Galería..... ¡¡Cual fué nuestra sorpresa al encontrar la plaza tomada y las calles cubiertas de muertos y heridos de uno y otro bando. En ese punto supimosque Ignacio Torres, el artillero que manejaba el gran cañón del centro, no era más que un traidor á quien Blanco aconsejó que llegara á donde Cañas fingiéndose desertor y Morista exaltado. Como eso nada tenía de inverosímil, se le creyó y se le encomendó la delicada misión

que ya sabemos. El cañón no disparó porque Torres lo clavó con anticipación, fuera de que al cargarlo le introdujo primero la metralla y después la pólvora. Era imposible pues, servirse de él. El infame refería esa hazaña en la Galera riéndose y burlándose de nosotros.

A la verdad debo decir que todos los asesinatos que esa noche se cometieron, no fueron autorizados por el General en Jefe, sino que cada oficial se consideraba dueño de la vida de los vencidos.

Desde el extremo de las paralelas hasta la trinchera, el suelo quedó cubierto de heridos y muertos, la mayor parte vecinos de Guadalupe y San Vicente. Allí mismo murió el Coronel Pí, y fué herido, el Capitán don Próspero Fernández. De nuestro lado, muertos en lucha leal, sólo lo fueron Alberto Collar alemán artillero, y M. Montero, los demás fueron asesinados después del combate.

La luna iluminaba ese lúgubre espectáculo, y una llovizna continua mojaba los vestidos de los combatientes.

Aquí concluye la relación de Julio Valera.

Respecto de la conducta y del valor heroico que de uno y otro lado se desplegó en ese hecho de armas, nos atenemos á la imparcial opinión de don Francisco M.^a Iglesias, quien es-

cribía esa madrugada la carta dirigida al Gobierno, que copiamos á continuación, y que corre publicada en documentos oficiales.

Señor Ministro de la Guerra.—Puntarenas, Septiembre 28 de 1860.—A las tres de la mañana.—Nuestras tropas ocupan ya á Puntarenas, desde las diez y media de la noche, después de una *reñida* lucha en la Angostura.

..... Han sido pasados por las armas Frutos Mora, Manuel Aguilar, Salvador Guevara y Ramón Pasos; existen en prisión: Manuel Argüello, el padre Zamora, Tirso Navarro (gravemente herido) y otro de poca importancia.

..... En esta brillante acción, *todos, todos*, han cumplido su deber, y *ni Santa Rosa y Rivas* pueden igualar á lo *árido y peligroso* de este combate.—Soy de Vd.,—*Franco. M.^a Iglesias.*

IX

Al concluir la historia del sangriento combate de la Angostura, se nos permitirá que recordemos algunos incidentes de esa lucha, aunque no tengan relación ni enlace unos con otros, pero que casi se verificaban á un mismo tiempo y en el estrecho semicírculo de la herradura que formaba la trinchera.

Santana Gómez, de Alajuela, al enfrentarse con un cañón en la trinchera, pensó que lo mejor era acercarse á la claraboya y esperar que el tiro saliera. Así lo hizo, y cuando, ya nuevamente cargado, volvieron los artilleros á arrimar el cañón á la claraboya, Gómez poniendo un pie sobre la pieza, saltó á la trinchera y cayó sobre el artillero alemán Collar. Sin darse cuenta éste de lo que le pasaba, se levantó sin hacer caso del nuevo huésped, y dió fuego á la pieza, quedando Gómez debajo. Como todo cañón, al disparar rechaza, esto es, camina para atrás, quedó libre la claraboya. Santana pensó que lo mejor que tenía que hacer era volver á salir de la trinchera, antes de que lo rodeara el enemigo y, metiendo primero la cabeza, se escurrió como una rata por el hueco, y fué recibido del otro lado por un bayonetazo de sus amigos, que lo tomaron por morista que huía.

Antonio Retana morista, y Balvanero Bolaños, montealegrista, ambos del Hatillo, se batieron dentro de la trinchera y se cosieron á bayonetazos. Ambos quedaron por muertos; pero al día siguiente almorzaban juntos unos tamales fríos de frijoles que traía el soldado gobiernista. Resultó que eran vecinos, y conviniere en ayudarse mutuamente. Años después Retana se casó con la hermana de Bolaños;

sólo que este tuvo que exhibir el resto de su vida una enorme cicatriz en la frente, que le había proporcionado su cuñado, y Retana tuvo que carecer de una oreja que le mordió y arrancó Bolaños en el furor de la lucha.

Vicente Villaseñor se escondió después de la toma del Estado Mayor, bajo el piso de la casa de un señor Bosh, chileno; Rafael Gómez, el asesino de profesión, mandó á sus soldados que hicieran fuego bajo la casa, por si algún morista estaba allí. Villaseñor fué herido de un balazo en un ojo, quedándole la bala adentro, y saltándole el ojo hecho mil pedazos. El pobre joven, seguro de que sería ultimado si sospechaban su presencia, no se movió ni se quejó, y sufriendo horribles dolores de su herida, pasó toda la noche inmóvil y desangrándose. Al rayar el día, el señor Bosh creyó oír una especie de estertor bajo el piso y encontró á Villaseñor casi agonizando. Lo hizo llevar al piso alto y allí fué cariñosamente cuidado por el generoso chileno y su hija, la conocida Tomasita Bosh, que después fué la señora de Knhör. Esas eran las hazañas de Gómez; siempre haciendo mal á mansalva; así fué que mereció su fin: fué fusilado por la espalda en David por una traición que cometió contra el Gobernador de Chiriquí.

X

Julio fué uno de los más decididos é inteligentes colaboradores de la Lórenza y de Elisa Delmar en sus generosos proyectos para salvar la vida á Mora y á Cañas. Más, todo fracasó, apesar de que, desde el 28 Julio, Toribio Artavia y Clodomiro Barquero aparecían como soldados del Gobierno y servían bajo las órdenes de Francisco Alvarado, lo cual les proporcionaba algunas ventajas y conocimiento de lo que se hacía en ese bando.

Los tres jóvenes marcharon para San José el seis de octubre; pero en San Mateo, un amigo de Julio les avisó que había sospechas de que ellos fuesen moristas y que se trataba de identificarlos, y en caso de que realmente lo fuesen, se pensaba en mandarles dar cien palos á cada uno. Esa noticia los hizo escaparse, evitando los caminos reales. Así lo hicieron, y, llegados á San José, comenzaron á preparar el atrevido plan que se habían propuesto realizar, vengando en parte la muerte de Mora y Cañas. Se trataba de robar al poderoso Ministro Aguilar, y de tenerlo escondido, haciendolo devolver á los herederos de Mora una muy fuerte suma que éste le reclamaba, y aquel se negaba á pagar. Con ese objeto se le vendería el alimento

del agua, haciéndoselo pagar á peso de oro. Era ye oír á aquellos medios locos formular la tarifa del boarding que ofrecerían á Aguilar: por un huevo cocido, diez onzas de oro; por un vaso de agua quinientos duros, y así lo demás. Para lograr su objeto, prepararían tres cabalgaduras de primer orden, y á medio día, entrarían á San José, armados de todas armas y con buenas sogas. Llegarían á la casa del Ministro á buscarlo con cualquier pretexto y lo atarían y conducirían en ancas de uno de ellos al lugar destinado al efecto. Esa era la tarea que tocaría á los tres amigos; protegidos por media docena de moristas que escoltarían la comitiva y se batirían con los que en la casa ó en la calle trataran de impedir el rapto.

En esa época la administración Montea-legre estaba de tal modo desprestigiada entre las clases medias y pueblo, que en las poblaciones vivían tranquilos muchos moristas de los que se batieron en la Barranca y Puntarenas contra las fuerzas del Gobierno, y que eran buscados con empeño por la policía para castigarlos: solo la autoridad ignoraba su residencia. Así sucedió á Julio, á Mr. Hogan, y á otros muchos. Estos señores se paseaban por todas partes y no eran denunciados. Eso explica los sucesos que vamos á contar.

Se fijó el día y la hora en que debía eje-

cutarse el proyecto. Todo estaba listo. La víspera conferenciaban Artavia y Julio Valera, en el cuarto de éste. Iban á separarse cuando entró á la casa un joven inglés, Mr. X, de buena presencia y elegantemente vestido. Suplicó á Julio que le permitiera unos minutos de conversación á solas. Artavia se despidió, y el inglés se expresó así: «Soy el pretendiente de Ester Montealegre, y su mano, estoy seguro, me será otorgada por el Dr. Montealegre. Sé que usted ha amado, y quizá ama aún á mi prometida. Ignoro si ella le ha dado á usted alguna muestra de amor, ó si tal vez nunca lo ha querido. Tengo pues el derecho de escudriñar esos hechos y de conocer los proyectos de usted con respecto á ella. Julio le contestó, que, aunque no le concedía derecho alguno á intervenir en sus asuntos, no tenía inconveniente en declararle, que efectivamente adoraba á Ester; pero que jamás se casaría con la hija del que firmó la orden de fusilar á Mora; que á pesar de eso estaba decidido á no permitir que otro hombre obtuviera su mano. El inglés le replicó, ya pálido de cólera, que no había más que un medio de zanjar la cuestión, y era, que uno de los dos desapareciera, que estaba decidido á matarlo si no renunciaba á sus locas pretensiones de disponer del destino de Ester, Julio se sonrió y con calma y buen humor le manifestó,

que eso de matar no era una cosa fácil para un inglés de Santa Lucía (nuestro inglés nació en la isla de ese nombre que es una colonia inglesa en las Antillas menores).

Como lo que más deseaba Julio era deshacerse de aquel obstáculo inesperado, y disponer de sí mismo al día siguiente, le propuso que se arreglaría el asunto por las armas; pero no antes de tres días. El inglés insistió en que había de ser ese mismo día, ó lo más tarde, el día siguiente. No era el deseo de vengarse ni otro motivo pasional el que incitara al inglés á apresurar el lance convenido, sino, al contrario, el temor de que el tiempo enfriara su resolución de batirse á muerte, que no todo el mundo tiene el valor sereno de esperar dos ó tres días el momento de una muerte probable. Los hombres que no están seguros de su pulso y de su ánimo, quisieran salir del apuro cuanto antes y no exponerse á un enfriamiento peligroso. Julio, desesperado de tener que luchar contra un obstáculo que no estaba en su mano remover, suplicó al doctor Hogan y á don Ramón Herrán, que como testigos suyos arreglaran el asunto.

Estos dos señores se avocaron con dos extranjeros, amigos del inglés, y quedó decidido que se batirían á revólver, cambiándose tres balas á 30 pasos y pudiendo marchar el uno hacia

el otro hasta tocarse. El duelo debía verificarse á las seis de la mañana del siguiente día, que era también el destinado para el rapto ó secuestro de Aguilar.

XI

Ramona Saldos, fresca y sana campesina, fué madre de una niña, en la misma semana que nació Julio Valera. Eso la señaló á los padres de éste, como adecuada para alimentarlo con su leche y su cariño. Catorce meses desempeñó Ramona el fácil y agradable oficio de nodriza. De allí provino una amistad entre ella y su bambino, que, lejos de disminuir, aumentaba con el tiempo; pues cada día quería más á su Julio, y éste la trataba como á una madre.

Cuando sus servicios no fueron necesarios á la familia Valera, se concertó Ramona en casa del Dr. Montealegre como camarera ó sirvienta de *adentro*. En la época que pasan los sucesos que acabamos de referir, Ramona hacía ya más de veinte años que era sirvienta de Montealegre; pero su buena índole y su mejor corazón, hicieron que con el tiempo la sirvienta se convirtiera mas bien en una amiga respetuosa de la familia. Por ese motivo, Ramona estaba al cabo de la pasión que su Julio sentía por Ester, su señorita ó pupila la más querida.

Confidente de Julio, no lo era de Ester, porque ésta era una joven muy reservada, y jamás se dió por entendida de que el hijo de *leche* de Ramona tuviera nada que ver con ella. Así estaban las cosas, la víspera del desafío de Julio con el inglés. Conocedora del peligro en que estaba la vida de su *niño* abandonó su reserva habitual y comunicó á Ester lo que pasaba. Esta sin rodeos ni explicaciones dijo á Ramona las siguientes palabras. «Monchita, es preciso que ese desafío no se verifique».

¿Qué hizo la pobre Ramona para impedir el temido lance?... Veremos.

Las seis de la mañana señalaba en su muestra el reloj de la Fábrica. En un potrero situado en el lugar en que más tarde se construyeron los tanques de la cañería de San José, Julio Valera miraba tranquilo la operación de cargar los revólveres por los cuatro testigos, uno de los cuales era médico, el Dr. Hogan. El joven inglés, adversario de Julio, á la sombra de una cerea, escribía con lápiz en una cartera y concluída la misiva, puso en la cubierta la siguiente dirección: Mrs. XX. Foulton-road-London-109. England». Entregó el papel á uno de sus amigos y se colocó en su puesto.—Julio fué conducido por don Ramón Herrán al que le correspondía, á treinta pasos del primero: ambos recibieron su revólver, y Hogan dió la se-

ñal, esto es, una palmada. El inglés avanzó algunos pasos é hizo fuego, la bala pasó á una pulgada del hombro izquierdo de Julio. Este, inmóvil, ni siquiera dirigía su arma contra su adversario, quien continuó avanzando y disparando. La segunda bala se perdió en el espacio, según creían; pero la mortal palidez de Julio después del disparo, puso en cuidado á sus padrinos. La tercera bala del inglés, claramente se vió que fué á descascarar un árbol de la cerca. Era pues hombre muerto el pobre inglés, por que Julio, que no había hecho aún ni un solo tiro, tenía el derecho de acercarse hasta tocar con el arma á su contrario. Así lo hizo, marchó tranquilamente, y cuando estuvo á media vara de distancia del inglés, disparó al aire los tres tiros de su revólver. Solo en ese momento notaron los testigos que un ligero tinte de sangre manchaba su camisa. Apenas tuvieron tiempo para recibirlo en sus brazos, impidiéndole que cayera, pues tenía un pulmón traspasado por la bala. Lo llevaron á una casa muy próxima, y lo acostaron en una banca de madera, para desnudarlo y examinar la herida.

En eso estaban ocupados, cuando llegó Ramona, la nodriza, media loca de dolor y se arrodilló frente á Julio, y derramando copiosas lágrimas exclamó: ¡hijo de mi alma, he llegado tarde! ¡Quizás habrías vivido si hubieras

leído esta carta! y puso en manos de Herrán un pedazo de papel arrugado, que contenía lo que enseguida copiamos. «Moncha, es necesario que Julio Valera y Mr. X no se batan. Puede ser que la presente declaración sirva de algo. Deseo pues que los señores Herrán, Hogan y Mr. X sepan lo siguiente. Mi corazón aún no ha latido por hombre alguno. Hubo una época, en que creí sentir por el señor Julio Valera sentimientos desconocidos y de cuya índole no me dí clara cuenta: ¿era amistad, era amor? ¿era gratitud por su generosa conducta conmigo? Me inclino á creer que fué esto último; pero aún ese puro y desinteresado sentir, desapareció al saber ciertos planes y proyectos que el cariño á sus protectores le inspiraron. Por lo que hace á Mr. X, me es completamente indiferente. ¿Cómo es posible pues, que un hombre y quizá dos, jueguen la existencia por motivos imaginarios? Muy desgraciada sería si sobre mi conciencia cargara la pérdida de una vida humana. Quede pues entendido que ni ahora ni en ningún tiempo hubiera sido la esposa de Julio ni la de Mr. X. Pero, si en algo puede influir mi voluntad en el destino de esos dos hombres, que ellos sepan que de lo que sí estoy convencida es de que cualquiera de esos dos señores que dé la muerte al otro, por mi causa, será objeto de horror y de antipatía para

mí, y la memoria del que sea víctima, encontrará cariñosa tumba en mi recuerdo y en mi corazón. »

*
**

Esa carta fué leída en voz alta por Herrán. Julio, aunque al parecer ya no vivía, probó lo contrario, apoderándose de la carta, llevándola á su boca é imprimiéndole un beso, acompañado de un leve suspiro y de una ligera sonrisa que fué la última de su vida, Julio murió dichoso, pues su fisonomía así lo indicaba. Murió satisfecho del amor póstumo que ofrecía Ester á aquel de sus dos pretendientes que fuera víctima del otro. Su memoria tendría cariñosa tumba en el corazón de Ester.